

Warren Ellis

Normal

Alianza editorial



Warren Ellis

Normal

Traducido del inglés por Mariano Antolín Rato

Alianza editorial

Índice

Primera parte

Segunda parte

Tercera parte

Cuarta parte

Agradecimientos

Créditos

PRIMERA PARTE



—CONECTE INTERNET AHORA y nadie resultará herido —dijo la mujer, apuntando al enfermero con el cepillo de dientes como si fuera una varita mágica maléfica. El extremo del cepillo de dientes había sido tallado torpemente en forma de lo que alguien que solo supiera de oídas lo que era una navaja podría pensar que tenía aspecto de navaja. La mujer tenía el pelo gris como un cepillo metálico, sujeto atrás por gastadas cintas de goma marrones, y el ojo izquierdo se le contraía espasmódicamente lo suficiente para que de modo ocasional apuntara la supuesta arma como una imagen fantasmal por encima del hombro del enfermero.

—Profesora —dijo el enfermero, balanceando la cabeza y esforzándose mucho por establecer un contacto visual directo con al menos uno de los ojos de la mujer.

La profesora, que andaba por la cincuentena, tenía la constitución y la postura de un ave arrogante, y hablaba con una voz chillona de las que se usan habitualmente para controlar a niños y perros.

—Me refiero a esto —dijo—. Es indignante. Aquí las condiciones son medievales. No he visto la imagen de un gato desde hace mes y medio y eso, sencillamente, es demasiado.

El enfermero era un hombre rechoncho, con cejas pobladas, recios músculos y los típicos poros de la madurez que le daban el aspecto de necesitar permanentemente un afeitado. Saltó y fulminó con la mirada a Adam Dearden como si no fuera más que el dibujo animado de un gánster de la tele para niños. Detrás del tablero de la mesa del vestíbulo de admisión, otro enfermero, ataviado con una bata gris, que era evidentemente el uniforme del personal, se agitó nervioso. Adam sintió que el pánico se abría paso tras la lona de medicación de su organismo. Nunca esperó que la llegada a Normal fuera a ser la parte más estresante de aquel día.

—Profesora —volvió a gruñir el enfermero achaparrado—, si no deja eso

ahora mismo, vamos a tener que quitárselo. Y eso no resultó tan bien para usted la última vez, ¿verdad?

—Si no me conecta a internet, no dejaré de hacer armas. Está poniendo a prueba mi paciencia hasta límites extremos, joven. Nunca estuve conforme con nada de esto.

—Verá, los dos sabemos que eso no es cierto, profesora. Usted estuvo de acuerdo, su jefe estuvo de acuerdo, usted firmó los formularios de ingreso.

—¿Qué importa que haya firmado los formularios de ingreso? No servirían de nada en un tribunal. Es evidente que estoy loca. Le estoy amenazando con un cepillo de dientes, por el amor de Dios. Un cepillo de dientes de *diez dólares*.

La profesora se miró la mano que sujetaba su propio cepillo de dientes. El enfermero de Adam Dearden, un hombre fuerte como una serpiente de cascabel que apenas le dijo unas ocho palabras durante el viaje, agarró sin más el brazo de Adam y lo alejó como un metro de la escena.

—He destrozado esta maldita cosa —dijo la profesora, dándole vueltas al cepillo entre los dedos—. Si no me hubiera robado mi rayo de la muerte nunca habría tenido que llegar a semejantes extremos.

Lo hundió un poco en su piel y se lo entregó al enfermero.

—Lo único que quiero es ver unas imágenes de gatos. Un GIF o dos. Solo eso.

—La trasladaremos a Preinserción dentro de muy poco —dijo el enfermero, que era un mentiroso redomado y no se daba cuenta de que lo sabían todos los que le conocían—. Ahora bajaremos al centro de recuperación, para que se sienta mejor.

La agarró con cuidado por la muñeca y empezó a guiarla hacia el pasillo este, recubierto de madera, lejos de los verdes pintados con látex del vestíbulo de entrada.

—¿Puedo quedarme con todos los medicamentos? —la oyó preguntar Adam.

—Por aquí —dijo el enfermero de Adam, que se preguntó el número de veces que había oído esa frase desde el comienzo de su traslado, a eso de las diez. En el aeropuerto internacional de Portland el enfermero le había recogido en la pista de aterrizaje, pues a Adam lo habían trasladado en un

reactor privado, y le había dicho:

—¿Adam Dearden? Por aquí.

Adam no sabía lo que le habían contado de él al personal de este sitio, Normal, para que dispusieran que le fuera a recoger un gigante capaz de hacer la circuncisión con los dientes a secuoyas, pero se puso a caminar arrastrando los pies mansamente. No parecía productivo discutir, y además le habían pinchado tal cantidad de sedantes y antipsicóticos antes de meterle en el avión que, en cualquier caso, no podía recurrir a ningún argumento lo suficientemente persuasivo para que sus piernas hicieran algo que no fuese andar arrastrando los pies. Tenía la sensación como de que podría necesitar reiniciar sus pulmones manualmente en cualquier momento, porque confiar en las funciones automáticas de su cuerpo aparentemente resultaba cada vez más peligroso.

Tal vez inadvertidamente, manifestó esa preocupación mientras le ayudaban a subir a un absurdo todoterreno con las rodadas de un tanque y un parachoques delantero aparentemente pensado para pulverizar casas con el choque, y le dijeron «cállese» en un tono que sugería más que nada que el enfermero sabía cómo asesinar a personas perfectamente bien. Adam se calló y contempló pasar Portland, un paisaje tan desvinculado de lo que veía que podría haber estado sentado en un vehículo estacionado en un estudio observando una proyección desde atrás, o a dos personas desenrollando frenéticamente un paisaje pintado para simular movimiento. Nada de aquello parecía real. Se rio ante el monte Hood, coronado por un blanco plateado en pleno verano. ¿Quién pinta con hielo la cima de una montaña en una escena veraniega? Qué absurdo fracaso en el reflejo de la realidad.

Dejó de reír cuando recordó que fue un fallo en el reflejo de la realidad lo que en principio le metió en aquel coche, y permaneció callado durante mucho tiempo.

Se alzaban robles y abetos cuando llegaron a la interestatal y continuaron por la autovía del sudoeste del Pacífico hasta la autovía del Río Salmón, pasando por sitios que se llamaban Arroyo que Cae, Tualatin, Parque de Joe el Bailarín y Roca Errática. Sitios donde uno podría internarse y morir y nunca lo encontrarían. Los imaginó abrasados por el sol en verano y cubiertos de nieve en invierno. Machacados por pedriscos del tamaño de monedas en

primavera y otoño, que golpeaban la carne y machacaban los huesos, dejándolos preparados para que sus trozos desaparecieran llevados dentro de las tripas de los pájaros.

Él había tenido un amigo, un hombre delgado de ojos dulces y una mandíbula prieta que le trituraba los dientes cada vez que pensaba, y que un día se adentró en un sitio como aquellos. Dejó una nota junto a la rueda izquierda delantera de la camioneta aparcada, en la parte de fuera de su cabina, sujeta al suelo de tierra por una antigua lata de comida para perros. Pertenece a las generaciones que se pasaban el día tecleando, y su escritura a mano había perdido la soltura de la práctica diaria. La nota decía: «No me encontraréis. Vuelvo al ciclo de la naturaleza ahora que todavía puedo. No quiero ver el final del futuro. Decidle a mi padre que me alegro de que tenga cáncer. Adiós». Había garabateado el dibujo de un reloj de arena vacío en la parte inferior de la nota. Adam recordó haber dado la vuelta a la nota y descubrir que había sido garabateada en el reverso del recibo de una farmacia que detallaba gran cantidad de analgésicos y cuatro botellas de agua mineral muy cara, la que tiene vitaminas añadidas. Nunca lo encontraron. Adam supuso que los frascos de plástico de pastillas y las botellas de agua todavía estarían flotando en algún arroyo, como un que te den por culo final al mundo de desechos que su amigo detestaba, mientras él sobrevolaba en círculos en la barriga de los pájaros.

Fue después de Roca Errática —un terreno inundable de hierba que desde luego parecía mucho menos interesante que su nombre— cuando Adam preguntó en plan infantil si todavía no habían llegado. El enfermero, que no conducía y que de hecho permanecía sentado vigilando a Adam como uno de la pasma que lleva detenido a un peligroso delincuente durante el traslado de una cárcel a otra, dijo:

—Falta poco —y esas fueron el total de ocho palabras que cruzaron entre ellos. No estaba diciendo la verdad, tampoco, porque llevó otra hora llegar a la entrada este del Bosque Experimental Normal, situado en la costa agreste de Oregón, Estados Unidos, donde no estaba vigilando nadie.

Normal era un lugar protegido, considerado tanto un Bosque Experimental del Servicio Forestal de Estados Unidos como un Reserva de la Biosfera de la UNESCO. Dentro de los límites de las mil doscientas hectáreas del Bosque

Experimental de Normal, sobre los restos de una ciudad fantasma llamada Estación Normal, se encontraba la Estación de Investigación de Normal. Adam, como muchas de las personas de su ámbito, había oído hablar de Normal; sabía más o menos dónde estaba, había oído a todos historias sobre lo que les había pasado allí a amigos de amigos y al frágil y melancólico enfermo ambulatorio ocasional, pero aquella era la primera vez que lo veía. Ver Normal de cerca no era bueno para personas que compartieran su profesión. Sabiendo lo que sabía, y conservando suficiente conciencia en lo referente a su estado, se preguntó si volvería a ver aquella entrada. Sabía que existían bastantes posibilidades de que nunca abandonase aquel bosque. Sabía que algunas personas no volvían.

Los dos guardas de la entrada este le dieron a entender a Adam que era el culpable de que se perdiesen el comienzo de *Bonanza* en la televisión, y que en consecuencia no era su amigo. A Adam esto le apenó un poco, pero solo porque en realidad descubrió que le gustaba la idea de sentarse y ver un episodio de *Bonanza*. Había algo extrañamente relajante en la idea. Su enfermero gruñó a los guardas. Adam supuso que se esperaba que los guardias ni siquiera estableciesen con él ese mínimo vínculo. Los dos hombres sacaron de mala gana la foto de Adam, aseguraron que sus otros elementos del equipo de seguridad no funcionaban, hicieron que firmase el enfermero de Adam y con un gesto de la mano les indicaron que pasasen. Resultaba incluso difícil considerarlos «guardas», pero Adam había reparado directamente y con desasosiego en las grandes pistolas dentro de sus fundas reglamentarias que llevaban en las caderas.

El coche avanzó, siguiendo un sendero largo y sinuoso bordeado por cortinas incesantes de árboles enormes cuyos nombres supuso que tendría tiempo de aprender. Era capaz de distinguir un roble, y había distinguido las copas de abetos Douglas alejándose de él durante su traslado desde Portland, pero por lo demás en la vida de Adam Dearden los árboles solo eran «árboles». Allí no parecía que hubiese mucho más aparte de árboles, y jugó brevemente con la idea de que podrían obligarle a vivir en uno como parte de su terapia. No comentó la cuestión con su enfermero, en parte porque a su enfermero no le divertiría y en parte porque desde Windhoek toda comunicación parecía haberse tornado peligrosa. Llevaba días con la

sensación de que por algún motivo él carecía de sentido para todos y que todo el mundo parecía enfadarse o mostrarse amenazador siempre que hablaba. De modo que miró por la ventanilla e inventó nombres para las especies de árboles que podía distinguir.

Eso dejó de ser divertido o de distraerle mucho antes de que al fin llegaran al recinto de la Estación. Un edificio de estilo brutalista en forma de herradura ocupaba un lado de un gran cuadrado de tierra recubierta de corteza, frente a un conjunto de cabañas rodeado por pequeños edificios modulares que parecían haber sido lanzados en paracaídas allí procedentes de un futuro de cinco años. El coche se detuvo en lo alto de la herradura —los largos brazos de esta se alejaban del cuadrado y desaparecían dentro de la zona boscosa— y Adam fue incitado por la mano de un enfermero enorme a bajar del coche. Adam se sintió extrañamente orgulloso de ocupar los cinco minutos que al enfermero le llevó hacerle salir del coche, y le perdonó el grito agudo que acompañó al acto.

Naturalmente, al ser obligado a cruzar las puertas y llegar al vestíbulo de ingreso, Adam ya no era la estrella de su propio espectáculo. Una mujer mayor estaba pidiendo acceso a internet con la punta de un cepillo de dientes mal afilado. El ambiente estaba cargado de una energía nerviosa. Adam tuvo la sensación de que el dolor de cabeza por el estrés se le iniciaba en el cuello, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Alguien le estaba haciendo una pregunta, lo sabía, pero no conseguía dar sentido a las palabras. Reconocía el tono de voz que definía ese conjunto de sonidos como una pregunta, lo cual le agradaba —sin pasarse demasiado, ¿eh?—, pero por otra parte tenía la sensación como de que alguien le había robado el diccionario interno que la gente normal usaba para relacionar sonidos con ideas. El pecho se le puso tenso, y la barbilla se le estiró involuntariamente. Movi6 la cabeza, violentamente, y el dolor se le dispar6 cuello arriba hasta la base del cráneo. El cerebro se le volvió a conectar lo suficiente para oír que la mujer pedía desesperadamente medicamentos, y entonces, sin ninguna buena razón aparente, se echó a llorar. Y no podía parar.

CUANDO ADAM SE recuperó, estaba fuera, sentado, sin recuerdo de haber

llegado allí. Estaba sentado en una silla de plástico, ante una mesa de plástico, con un vaso de plástico de algo verde delante de él. Había una mujer sentada enfrente, con ojos crueles y una sonrisa amable.

—Deberías tomar eso —dijo.

Las terribles, dolorosas amnesias tendían a alejarle de cualquier cosa, pero dijo:

—¿Dónde estoy?

Era una pregunta estúpida, pero fue la única que se le ocurrió y ayudó a equilibrarle.

—Esa es una gran pregunta —respondió la mujer—. Técnicamente esto es la Estación de Investigación Normal, pero en 1910 era la Estación Normal, fundada por un agente inmobiliario de Coggon, Iowa. Tienen un equipo de béisbol que se llama los Rockets. El lema del pueblo: «El solo y único». Viven allí seiscientas cincuenta personas, pero tienen un teatro de ópera. Imagínate. Bien, pues el agente compró esta gran parcela de tierra entera con la idea de convertirla en un complejo hotelero. Se trasladó aquí con su mujer. Ya había un hotel, alojamientos, una pequeña tienda de comestibles, incluso una imprenta para un periódico de referencia. En el cual se informó, en 1913, de que el agente inmobiliario se había ido, y cito, «violentemente loco», y había huido de lo que él describía como, cito, «las luces terribles de Normal» al bosque, y nunca se le volvió a ver. En el periodo de entreguerras, cuando el océano empezó a reducir el tamaño de la costa, se dijo que el mar llegó hasta el punto donde el pobre hombre dejó la tierra. Por entonces, claro, la Estación Normal estaba vacía. Después de la Segunda Guerra Mundial la Estación Normal se convirtió otra vez en Normal, los terrenos del cabo se destinaron a reserva forestal, esta instalación fue abierta en 1974 y nosotros estamos sentados sobre los restos de una ciudad fundada por un loco cuyas últimas palabras registradas se referían a sus luces terribles. Ahí es donde estás.

Adam se estiró por el vaso. La mujer hablaba con un estilo desgano y sin emoción que le inquietó de un modo difícil de definir. Se encontraba en algún lugar profundo del sótano del Insólito Valle del discurso de la falsedad humana.

—Me alegra haber preguntado —dijo él, y dio un trago. Zumo de arbustos con limón, pepino, tres milímetros de jengibre puro y alguna fruta en

conserva sin más propiedades que el azúcar. Sabía lo bastante mal como para acercarlo un poco más al mundo.

Alzó la vista de nuevo hacia la mujer.

—Te conozco. Te reconozco.

—¡Ah! —dijo ella, y su sonrisa se amplió aunque mantuvo una mirada lejana.

Llevaba puesta una chaqueta cara, extrañamente asimétrica, con agujeros cerrados con cremalleras para artilugios y gafas de sol, y bolsillos especiales en las mangas que permitían a su dueña deslizar el teléfono hasta las manos como la pistola especial de Robert De Niro en *Taxi Driver*. También llevaba un pantalón de chándal azul acero, descolorido hasta ser casi blanco en las rodillas, y zuecos rosa de plástico.

—Nos conocimos en la conferencia de Bruselas sobre el estímulo hace un par de años. Eres urbanista. Lela Charron.

—Así es —dijo ella, con un leve toque de sorpresa—. Y tú te llamas Adam.

Sintiéndose repentinamente incómodo, él extendió la mano.

—Adam Dearden. Encantado de verte. Otra vez.

Ella le miró la mano con ojos como de pantera.

—En realidad yo todavía no toco a otras personas —dijo.

—Lo siento —dijo Adam, tratando de volver a guardar el brazo entero dentro de su cuerpo.

—No importa —dijo ella—. Aquí todos tenemos nuestros problemas.

—Aquí —dijo él, paseando la vista alrededor—. Normal. No recuerdo mucho del viaje en este momento. Pero supongo que lo hice. ¿Veré pronto a un médico?

—Sí, claro —dijo Lela—. Solo quieren que te sientes con un interno de larga estancia y te adaptes un poco antes de que se ocupen de ti. Creen que es mejor que primero veas un rostro no autoritario.

—¿Interno? —Eso le hizo sonreír un poco.

—Paciente, entonces. Llevo aquí seis meses. Ahora estoy en Preinserción.

—¿Eso qué es?

—Cuando estamos un poco mejor, nos trasladan a Preinserción. ¿Viste las microcasas en el camino de entrada?

—¿Esa especie de módulos tan raros? —Adam constató que lo recordaba. Eso estaba bien.

—Justo. Vivimos en algunos de ellos, y usamos otros como zonas comunes de trabajo. Tienen ordenadores e internet. Nos dejan trabajar allí. Empieza el proceso de volver a conectarse con el mundo. Preinserción para un regreso al exterior.

—¿Llevas mucho en Preinserción?

—Un par de meses —dijo, dándose la vuelta y mirando los terrenos de fuera. Consistían en un amplio patio lleno de mesas y sillas de plástico. Todas moldeadas por inyección, baratas, y por supuesto con esquinas redondeadas. Pasado el patio, una pradera en muy mal estado, y luego la línea de árboles. Adam se imaginó que corría gritando hacia ella.

—Eso parece mucho tiempo —dijo.

—No —dijo ella—. Ha habido gente que se ha pasado años en Preinserción. Bastante sana para ser útil, nunca completamente segura para irse. Para algunas personas no es una mala solución. Trabajar a escondidas, como si se dijera. Yo me siento preparada para volver. Casi preparada. ¿Sabes por qué estás aquí, Adam?

Él dio otro sorbo a la espantosa mierda verde.

—Un mal caso de mirada al abismo —dijo—. ¿Y tú?

Lela frunció el ceño. Un sonidito como húmedo salió de su boca. Chasqueó los labios y tragó algo. Se limpió un poco de saliva de la comisura de su boca.

—Malas elecciones culinarias —dijo.

Había gente en la mayoría de las mesas. Lo mismo que los muebles del exterior, poco a poco se hicieron más claras en su percepción, como si estuvieran ajustando un control de contraste en la pantalla de su teatro cartesiano. También fue consciente de una ancha separación que dividía en dos el patio, con un pasillo entre las mesas.

Lela siguió su mirada.

—Una separación profesional —dijo—. En esta parte, previsión estratégica. Instituciones benéficas sin ánimo de lucro, universidades, empresas de diseño, parafernalia civil. ¿En la otra parte? Predicción estratégica. Grupos de seguridad globales, organizaciones de expertos

corporativos, parafernalia espantosa. Ya sabes de qué hablo.

Adam lo sabía. Era futurista. Todos eran futuristas. Aquí todo el mundo miraba el abismo para ganarse la vida. Lo miras mucho, y el abismo te devuelve la mirada. Si el abismo sigue haciéndolo durante bastante tiempo, los que te pagan por lo que ves te mandarán a Normal. La instalación la pagaban fundaciones y multinacionales, juntas. La mayoría de sus investigadores humanos al final, de un modo u otro, acababan necesiéndola. De hecho, su primer pensamiento aquella noche en Windhoek fue que al final iba a terminar en Normal si no conseguía mantener junta aquella mierda.

El dolor de su cuello volvió.

Miró otra vez hacia la línea de árboles. Había una forma allí, moviéndose entre los árboles, envuelta en un pesado abrigo negro. Adam comprendió que su expresión lo debía reflejar, porque Lela se dio la vuelta para mirar.

—Vaya —dijo—. Ese tipo. O está en su habitación o vagando por los límites. Está en la otra parte. Estrategia. Ni idea de para quién trabaja. No creo que nunca le haya visto hablar con alguien. Siempre hay uno o dos como él. Tú probablemente seas uno de los especímenes más sanos de los que ingresan por primera vez.

—¿Él también es nuevo aquí?

Adam experimentó el repentino dolor de sentirse sin amigos, una interminable soledad de la infancia, y pensó que quizá otro que fuese nuevo en Normal podría ser amigo suyo. Eso hizo que otra vez le entraran ganas de llorar, pero solo por sí mismo, y por el dolor y su infancia.

—Llegó hace unos días, creo —dijo Lela—. Sabe Dios lo que le pasa. A lo mejor está comprobando los árboles en busca de cámaras. Eso ocurre.

—¿Comprobar los árboles es lo que ocurre, o lo que ocurre es que haya cámaras?

Adam tuvo la sensación de que el fusible se le encendía en lo más alto de la columna vertebral. Pestañeó con fuerza, unas cuantas veces.

—Bueno, aquí hay cámaras. Quiero decir que muchos de los internos como tú son humanos con un importante valor en dólares añadido. Pero no en las habitaciones. Y las de aquí fuera son bastante discretas. Los registros en vídeo que generan se conservan cuarenta y ocho horas antes de borrarlas. Sus conexiones sin cable están cortadas, no tienen línea con lo de fuera, cámaras

de aire y alta seguridad y todo eso. Les gusta tenerlo. A fin de cuentas, trabajar en eso y mantener una cultura de vigilancia demasiado tiempo trae a muchas de esas personas aquí.

Nada más cierto, sabía Adam, en especial para urbanistas como Lela Charron. Les había visto contando cada objeto conectado a la red en las esquinas de las calles de las ciudades, lo mismo que botánicos identificando cada planta desconocida que veían. Mirar dentro del abismo del futuro mientras eres intensamente consciente de que estás siendo vigilado por cada aparato, cada elemento del mobiliario urbano y cada aspecto de la infraestructura moderna.

Los árboles suspiraron con una brisa fría, y el hombre del presado abrigo desapareció en el bosque.

—Bien —dijo Lela—. Mi trabajo está hecho. Termina tu bebida, contribuirá a que te sientas mejor. Un celador vendrá dentro de muy poco para llevarte a tu entrevista introductoria con la médica. Unos consejos: no intentes mostrarte como un hombretón fuerte. Ni —y le volvió a lanzar una mirada de ave rapaz—, como un pequeño gran hombre. Sé justo lo que seas en este mismo momento. No tengas miedo de mostrarles por dónde te quebraste. Te pondrás mejor más deprisa si pueden ver los problemas directamente.

—¿Es eso todo?

—Sí, es todo. ¿Qué querías? ¿Un abrazo?

Se oyó una voz por encima del hombro de Adam, un sonido profundo y ronco que parecía salir estrangulado desde la base de una garganta cansada.

—Ella no toca a la gente porque una vez se comió a una persona.

Adam se dio la vuelta en su silla. El que hablaba era un hombre del norte de Inglaterra, por su acento, con la cara como un mazo y la piel como un mapa de Yorkshire arañado por venas rotas por la ginebra. Llevaba un traje gris que podría haber sido gris cuando se lo puso por primera vez, que Adam consideró que sería hace un par de años. La enorme cabeza del hombre, con un corte de pelo de la marina que Adam creía que había sido declarado ilegal por razones de crueldad hacia 1958, tenía la inclinación permanente de un hombre demasiado acostumbrado a explicar a las mujeres de los mineros que a sus maridos e hijos se los había tragado el pozo de una mina. Pero una

mueca la dividía como una pala la arcilla.

—¿Cómo vamos? —dijo el hombre, estirando una mano sudorosa para que se la estrechasen—. Me llamo Clough y soy un jodido lunático. Lo mismo que ella. No te fíes ni de una palabra que salga de su hocico.

A Lela le entró hipo.

—Vaya, ya empezamos —dijo Clough—. ¿Todavía no se puso a babear ante la mención de comida?

Ella asesinó instantáneamente a Clough con la mirada.

—No le prestes atención, tío. Le entró la chifladura en Mongolia y no la van a dejar salir nunca de aquí porque es una jodida lunática y ha probado el sabor de la carne humana.

Lela arrancó el vaso de plástico de la mano de Adam, vació el zumo y lo estrelló contra el borde de la mesa, todo con un movimiento uniforme y terrible. Si el vaso hubiera sido de cristal y la mesa de madera, se habría convertido instantáneamente en un arma improvisada. Pero en este caso el vaso produjo un sonido sordo en la mesa, que se inclinó y sacudió un poco.

—Que te JODAN —dijo Lela hipando, y tiró el vaso a Clough. Falló y alcanzó a Adam en el centro de la frente.

—Ya vale, señorita Charron —dijo un joven mórbido con una camiseta de manga corta extragrande. Pasó agitadamente su pequeña mano por el peluquín que cubría la temprana calva de su cabeza—. Se le pidió expresamente que dejara beber el zumo en paz al nuevo paciente y le tranquilizara.

Lela tragó con esfuerzo y apartó la vista.

—Solo estaba ensayando —dijo—. Ensayando para cuando vaya a Preinserción.

—Estoy seguro de eso. Váyase usted también, señor Clough. Pronto será la hora de los dibujos animados en la sala de pantalla dos.

—Oooh —dijo Clough, dando saltos sobre la bola de sus pies—. ¿Ponen *Danger Mouse*? Aún no hemos visto toda esa colección de DVD. ¿Será *Danger Mouse* otra vez?

—Solo —dijo el más joven— si promete no hacer otra crítica del realismo del tratamiento del Servicio de Seguridad Británico en *Danger Mouse*. Y ahora, en marcha.

Clough apretó ligeramente el hombro de Adam.

—Levanta esa cabeza, tío. La comida está bien, tienen un montón de DVD y ningún cabrón puede joderte llamándote por teléfono aquí. No se está tan mal.

Fue una cosa rara ver a Clough entrar correteando en el edificio principal mientras cantaba el tema musical de *Danger Mouse*.

—Me llamo Dickson —dijo el joven celador—. Encantado de conocerle, señor Dearden. Su médica ya está preparada para verle. ¿No le importará hablar con una médica durante un rato, verdad? Preferimos hacerlo el día del ingreso, pero si quiere usted dormir y dejarlo para mañana, también podemos hacerlo. ¿Qué dice?

Adam pensó que le iba a explotar la nuca.

—Ni siquiera estoy seguro de que me pueda poner de pie —dijo.

Dickson puso una mano, demasiado pequeña para su dueño pero muy limpia y seca, bajo el brazo de Adam.

—Deje que le ayude —dijo, con tranquilidad—. Para eso estoy aquí.

LA HABITACIÓN ERA muy amarilla. En un país nórdico habrían denominado a ese color «amarillo luz del sol» porque no estarían muy seguros de qué color era en realidad la luz del sol. Adam supuso que se podría haber dicho del conjunto que tenía un tono «pus encantador». Las paredes habían sido pintadas aquel mismo año, los sillones y sofás eran relativamente nuevos y a la espesa alfombra la habían pasado el aspirador y lavado con champú recientemente porque aún podía apreciar el olor a jabón.

A la doctora Murgu en esencia la habían reparado peor. Un corte sobre su tupida ceja derecha estaba delicadamente cubierto por esparadrapo, y una magulladura en la mejilla izquierda florecía como una mandrágora. Se había cambiado la bata blanca, pero no tuvo tiempo de cambiarse la blusa. El círculo de salpicaduras de sangre se lo habían limpiado y disimulado con una toalla de papel mojada, aunque no lo habían eliminado completamente. Miró su tablilla sujetapapeles —Adam aún no había visto ningún objeto conectado a la red— y luego alzó la vista hacia él, estirando la espalda cuando se instalaba en el borde del sofá y arrancando una sonrisa desde alguna parte de

lo que le hubiera pasado con anterioridad durante el día.

—Adam —dijo—. ¿Te puedo llamar Adam?

Él se limitó a asentir. Así es como iba el ciclo. Incontinencia emocional y luego hiperconcentrado en lo que le rodeaba pero desprovisto de palabras. Ningún input/output sensorial. Cámara con forma humana. Dos facetas del pánico terminal, supuso Adam.

—Imagino que todo el proceso de llegar aquí ha sido agotador y desconcertante. De modo que voy a empezar por contarte lo que ha estado pasando. Estabas muy enfermo en Róterdam y tu instituto se puso en contacto con nosotros. Mandamos que te trasladaran al aeropuerto de Ámsterdam, que tiene vuelo directo a Portland. Te trajimos en coche directamente aquí desde ese último aeropuerto. ¿Recuerdas algo de Róterdam?

Adam negó con la cabeza. Era un poco mentira. Sabía que había estado en una conferencia sobre vigilancia mutua. Un feliz solucionista idiota con gafas amarillo plátano y pelo como un tejón sorprendido aseguraba que vigilar a los vigilantes da lugar a un sustrato social equilibrado y benévolo. Gafas amarillas como aquella habitación amarilla. El amarillo supuestamente hace que la gente se sienta mejor. El tipo quería hacer que la gente aceptara de buen grado una carrera en la vigilancia de armas entre el Estado y los ciudadanos. Adam recordaba que perdió los estribos. No se acordaba mucho de lo que dijo, excepto que pareció molestar a muchísima gente.

Recordaba que después empezó a llorar. No estaba seguro de dónde se encontraba cuando pasó, pero suponía que debió de ser en un espacio público. Recordaba que se levantaban manos, brazos.

—De acuerdo —dijo ella, tomando nota con un portaminas—. ¿Sabes cómo empezó? Tu enfermedad. ¿Lo que te molestó?

—Windhoek —dijo él, casi atragantándose con la palabra—. Namibia.

—¿Estabas allí durante los disturbios?

Adam asintió. El lápiz de la médica arañó el papel. Sin levantar la vista de lo que parecía una nota muy detallada, preguntó—: ¿Qué tal duermes?

—No lo sé —dijo él. Los ojos de la doctora indicaron sorpresa—. Estoy siendo sincero —dijo él—. Ayer me dieron mucha medicación. Creo que fue ayer.

La doctora Murgu dobló la hoja de papel de su tablilla y escribió en la de

abajo.

—Sí. Parece que tuviste tres episodios independientes.

Adam respiró a fondo, empujando con las bases de sus pulgares los ojos.

—Estoy intentando ser sincero porque sé que cuanto más información tengas, más capacitada estarás para ayudarme, y debo de necesitar ayuda porque me han mandado a Normal. Eso significa que te tengo que contar que he visto cosas que no existían y que a veces no estoy completamente seguro de lo que es real. Coño, antes vi a un hombre junto a los árboles y no estoy seguro de que estuviera. Puede que Lela haya estado gastándome una broma durante una alucinación.

—¿Qué hombre?

—Pelo negro, abrigo grande y pesado. Creo que me vio mirarle y se internó andando en el bosque.

La médica sonrió.

—No pasa nada, Adam. Creo que viste al señor Mansfield. Nunca se quita el abrigo.

—¿Estaba allí de verdad?

—Claro que estaba. Como está siempre. Lleva aquí unos cuantos días, pero todavía no hemos sido capaces de hacerle la entrevista de ingreso. No soporta que le miren, se esconde en ese abrigo, no quiere comunicación, y se pasa la mayor parte del tiempo recorriendo estos terrenos. Ni siquiera estoy segura de que alguien le haya visto comer. De modo que lo que quiero que entiendas con eso, Adam, es que tú no eres, ni con mucho, la persona en peores condiciones que ha ingresado en Normal. Y anoto que has conocido a Lela. Lela tiene problemas con cosas como permiso y tiempo. Será una buena amiga, pero necesito que tengas en cuenta que todo el mundo está aquí por el mismo motivo, Adam.

Adam movió la cabeza.

—Doctora, ¿me estás diciendo que no me fíe de nadie aquí dentro porque todos están locos?

—Absolutamente —dijo ella—. Todos estáis chiflados.

Adam la miró con una atención total. Ella sonrió. A Adam le dio un repentino ataque de risa.

—Eso mismo —dijo la doctora Mugu.

Fue como si volviera a recuperar el aire. Se le llenó el pecho y el corazón empezó a latirle otra vez. Le picaba la piel.

Ella se inclinó hacia delante, manteniendo el contacto ocular.

—Adam, has tenido una crisis nerviosa. Sé que ha sido duro durante un par de días. Pero ahora estás aquí, y las cosas empiezan a mejorar para ti justo en este momento. Vas a pasar por algunos momentos malos, porque tienes la mente dañada. Pero cada vez van a ser menos frecuentes. Este es un lugar seguro. Nada de miradas curiosas, nada de presiones, nada de escuchas escondidas, nada de horarios. Ahora puedes empezar a apartar la vista del abismo.

Incluso estaba cansado para volver a llorar. No se sentía mejor. Solo era cansancio y aburrimiento.

DICKSON LE LLEVÓ a su habitación. Esta tenía una ventana con una rejilla resistente, una cama estrecha y un sillón. Un tabique la separaba de un inodoro, lavabo y ducha. Ninguna mesa. Ninguna expectativa de trabajo. El sillón sugería horas pacíficas de lectura en silencio. Había un televisor y una barra de sonido instalados en la pared, y un mando a distancia de aspecto pesado sobre la mesilla de noche.

Dickson vio que se fijaba en eso.

—Música —dijo—. No puede conectar los programas de televisión que transmiten. El mando tiene un teclado deslizante, y el televisor muestra un menú de selección. Solo música. Nada de películas ni programas de variedades. Nada de acceso a la red, por supuesto. Tenemos un montón de música, sin embargo. Gran cantidad de material relajante.

—¿Y libros? —preguntó Adam, echando una ojeada al sillón.

—La doctora Murgu valorará su acceso a la biblioteca en la siguiente entrevista. Mire esto. —Dickson dirigió la atención de Adam hacia la puerta. En la parte interior, una llave inserta en un aro colgaba de un gancho amarillo—. Esa es la llave de su habitación. Puede encerrarse aquí. Por favor, no deje la llave puesta en la cerradura.

—De acuerdo —dijo Adam. Ahora estaba cansado. Tenía la visión temblorosa.

Dickson sacó un pequeño frasco de plástico del bolsillo del pecho. Contenía tres cápsulas.

—¿Necesita agua?

La necesitaba, y se dirigió a la entrada del minicuarto de baño mientras Dickson llenaba de agua un vaso de plástico en el lavabo. Las cápsulas eran roja, amarilla y verde. Adam las examinó en la palma de su mano, donde Dickson las había dejado, y miró con recelo a Dickson.

—Yo lo sé, tío —dijo Dickson—. Pare, espere, siga. No le dirán nada. Solo son colores.

Dickson observó a Adam tomar las cápsulas, tan de cerca que este sintió la necesidad de tragar del modo más ostentoso posible para satisfacer la investigación del celador.

—Muy bien —dijo Dickson—. ¿Quiere comer?

—Creo solo quiero dormir. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendamente, señor Dearden. ¿Qué tal se apaña usted con los teléfonos?

—Bueno. Sé usarlos...

Dickson se dirigió a la mesilla de noche.

—Es una pregunta importante. Algunos de nuestros huéspedes ingresan con una seria aversión a los teléfonos. Pueden considerarlos un símbolo atroz de la carga que llevan encima. Uno me dijo una vez que es difícil hablar por teléfono cuando no sabes cuánta gente está escuchando. Consideraba los teléfonos demonios dispuestos a delatarte siempre. —Abrió la parte delantera de la mesilla de noche, donde estaba un teléfono inalámbrico situado en su base—. Es un circuito cerrado, usted no puede llamar. Y no le puede llamar nadie, obviamente. Pulse el «0» para conectar con el mostrador de entrada si necesita algo. Si no puede soportarlo, apriete el botón verde del mando a distancia de la tele. No hay grabación de audio.

—¿Para qué, entonces?

—Bueno, hay un menú, pero si está muerto de cansancio, en el mostrador de entrada se harán cargo de cualquier cosa que necesite esta noche. Yo puedo acompañarle y enseñarle el resto mañana. Que descanse. He oído que ha hecho un largo viaje.

Adam tuvo la sensación de que su vida entera era como plomo en los

huesos en aquel mismo momento. Solo consiguió asentir. Dickson sonrió, con una amabilidad auténtica, y salió de la habitación.

Adam se sentó y examinó la habitación en silencio. Supuso que era lo más parecido a la celda de un eremita que había en estos tiempos sin tener que adentrarte en los páramos helados con una cuchara para excavar con ella una cueva. Lo que pasaba es que en estos tiempos uno tenía que elegir los páramos helados con cuidado, pues probablemente tendrían telefonía móvil de tercera generación en zonas del Antártico y el Ártico estaría lleno de escandinavos con cintas en el pelo y de presentadores de televisión en todoterrenos.

Se paró un momento a considerarlo. Sin internet. Sin servicio telefónico más allá del mostrador de entrada. Sin televisión. Sin noticias. Sin información de ningún tipo. Solo una colección de música y, en alguna parte, una biblioteca que él tenía que ser médicamente apto para visitar. Estaba en silencio. Estaba en silencio de verdad. Ni siquiera podía oír a otras personas. Aquella habitación tan pequeña era lo más cerca de la privación sensorial que había experimentado desde... ¿cuándo? ¿La infancia?

Permaneció sentado allí durante un rato con la sensación de que estaba esperando que se le destaparan los oídos debido al cambio de presión. Se le ocurrió que ni siquiera sabía dónde estaba su teléfono móvil. No era capaz de atender a las ocho aplicaciones diferentes de mensajes que tenía. No podía separar el correo electrónico de ninguna de sus cuentas (una abierta a todo el mundo, otra que teóricamente era privada pero que sufría considerables sangrados de la otra). Sin Twitter, sin Instagram, ninguno de los servicios orientados al público que atendía cada hora. ¡Sin podcast! Estaba suscrito a un centenar de podcast. Se estremecía ante la carga de gigabites que le estarían esperando cuando recuperara su teléfono y conectase con alguna señal. Las aplicaciones nuevas girarían y se agitarían, soltando notificaciones hasta que la batería de su teléfono se quedara seca. Reparó en que su pulsera de fitness había desaparecido: no podría valorar sus pasos, el oxígeno de su sangre, el ritmo del corazón, la actividad física, o las otras cinco cosas que cuantificaba, descargaba o compartía automáticamente. Digitalmente parecería estar muerto de verdad. Unos cuantos de sus servicios se mandaban actualizados diariamente a las redes sociales. El informe meteorológico de su

última localización registrada se enviaba todos los días a su tumbler automáticamente. Al cabo de un rato, una flecha señalaría el punto donde se había desvanecido o le habían asesinado.

No sabía dónde estaba su ordenador portátil. No sabía cuándo fue la última vez que hizo una copia de sus tres discos duros portátiles. Dios santo. Estaba desconectado, desconectado de verdad. Aquello era una amputación. Se dio cuenta de que no tenía idea de qué hacer en esa situación. Era un muñón humano cauterizado, tirado en una habitación pequeña y abandonado allí para que se pudriera.

Una habitación pequeña que, más que indicar la presencia humana, la taladraba y erosionaba como una marea lenta que daba lengüetazos a una playa de piedras. Era el tipo de experiencia que había tenido en hoteles baratos en las cercanías de los aeropuertos. Se preguntó si, en tiempos pasados, había cuevas aquí y allá que utilizasen los viajeros durante solo una noche, de camino a algún sitio importante. En camino hacia el hogar.

Se quedó allí sentado y pensó en lo que significaba el hogar. «El hogar», en su vida, era la palabra con que designara la casa en la que habían vivido sus padres. Adam nunca llegó a tener un hogar. Donde estaban ellos era «el hogar», y donde estaba él siempre era en cierto modo otra cosa.

Adam recordó la primera vez que había estado en una habitación como aquella. La primera vez que se había alojado en un hotel. Recordó estar tumbado allí en la fatigada cama, encima de una cansada colcha marrón, pensando que lo había conseguido. Por fin se alojaba en un hotel de verdad. No en pensiones, sofás y suelos. Una auténtica habitación de hotel, pagada sin dolor con su propio dinero. Recordó sentir que era algo así como un hombre importante, en su carrera ascendente. Las cosas solo iban a ser mejor.

Las cápsulas se despertaron dentro de su tripa y dijeron al muñón de Adam Dearden que se fuera a la cama, y eso es lo que hizo. Incluso controlaron los temblores, aunque habría jurado que los huesos le estaban vibrando en el interior de su carne muerta, intentando desesperadamente generar la electricidad suficiente para captar una emisión de radio procedente de cualquier lugar.

FUE EL ESTRUENDO lo que le hizo despertar gritando. Sonaba como el estallido de explosivos en la calle. Fuera estaba pasando algo. Adam saltó hacia la ventana. Pálida luz del día. Por la mañana temprano, quizá. Nada más. El estruendo venía del pasillo. Adam no tenía nada que pudiera servir de arma, excepto posiblemente la barra de sonido de la pared. Su instinto fue arrancarla de la pared y utilizarla como un mazo. Se tragó el instinto. Se puso los pantalones lo más deprisa que pudo. Las manos le temblaban. Se dirigió a la puerta, rápido y en silencio, y cogió la llave del gancho. Abrió la cerradura de la puerta lo más calladamente que pudo y se puso el aro de la llave alrededor de la muñeca.

Adam dejó la puerta abierta. Dos celadores pasaron corriendo. Sucediera lo que sucediese, no tenía que ver con Adam.

Adam salió de su habitación y les siguió. Ya habían dejado de correr. Había tres celadores más al final del vestíbulo; golpeaban una puerta. Uno de ellos se volvió hacia los recién llegados y dijo:

—¿Habéis traído el persuasor? El muy gilipollas dejó su llave metida en la cerradura y no responde.

—¿Estás seguro de que no está otra vez en los jodidos bosques?

—Ya hemos comprobado las cámaras del pasillo. Entró cuando el toque de queda y no volvió a salir.

El más bajo de los dos celadores que pasaron corriendo por delante de Adam sacó algo que parecía una versión más pequeña del antiguo taladro manual que usaba su padre cuando estaba haciendo cosas en el garaje. Adam se acercó a mirar. Todos estaban demasiado ocupados para prestarle la menor atención.

El celador puso el aparato, que Adam supuso que era el «persuasor», en la cerradura, agarró el mango y lo introdujo. Su mecanismo hizo clic, giró y la cerradura quedó arrancada de la puerta. Sacó una delgada herramienta de la parte superior del mango del persuasor y la aplicó al agujero que había dejado la cerradura. Se oyó un sonoro chasquido. El celador miró a sus colegas y luego dio un suave empujón a la puerta. Esta se abrió sin hacer ruido.

Dijo:

—¿Señor Mansfield?

La puerta se abrió del todo.

El celador dijo:

—¡Hay que joderse! —y retrocedió. Adam se adelantó para mirar.

La cama albergaba una masa negra y muy abundante de insectos vivos. Lo mismo el suelo de alrededor. Lo mismo las paredes, y las ventanas. No había señal de presencia humana dentro de la habitación. El montón que había encima de la cama solo era una horda de bichos.

Detrás de Adam, Clough tosió, entrecerró los ojos y apuntó sobriamente:

—Yo he follado en sitios peores que ese.

SEGUNDA PARTE



ADAM DEARDEN NO se había dado cuenta de cuántas personas trabajaban en Normal hasta que el señor Mansfield desapareció de su habitación. Medio ejército de celadores, médicos y guardas de seguridad surgieron de no se sabe dónde y llenaron los vestíbulos.

Habían despertado o llamado a los pacientes y los habían llevado al gran espacio de un comedor para contarlos y mantenerlos allí. Adam estaba conmocionado; la niebla había desaparecido bombardeada por la última media hora de pánico y falta de explicaciones. No les habían contado nada, y Adam había sido específicamente advertido por media docena de desconocidos sumamente tensos de que no dijera ni una palabra sobre lo que había visto hasta que fuera directamente autorizado a hacerlo. Como un acuerdo de confidencialidad, solo que más intimidante, porque las personas que lo impusieron tenían acceso a equipo médico y él estaba retenido con ellas dentro de un hospital en ni se sabe dónde.

Y, sin embargo, el señor Mansfield parecía haberse fugado audazmente en plena noche o haber protagonizado un escalofriante rescate, dejando solo un montón de insectos, presumiblemente recogidos y guardados durante sus incursiones en los bosques, en su despertar digno de Houdini, como una especie de críptico insulto. Y nadie tenía la menor idea todavía de cómo lo había hecho, porque en los dormitorios de Normal no había cámaras. Solo en los pasillos, y en los espacios comunes y el exterior.

Adam se sentó en el lado norte de la sala, lo más lejos que pudo del grupo de gente. ¿Cómo lo había hecho?

Adam se miró las manos y se dio cuenta de que no le temblaban. Las cápsulas roja, amarilla y verde debían de ser buenas. Porque —y tranquila, cautelosamente, experimentó eso en sí mismo por primera vez, dejando que la idea asomara como la aleta de un tiburón en su mente— todo el acontecimiento le produjo una pequeña vibración de lo ocurrido en

Windhoek. La noche de los disturbios.

Aquellas cápsulas, decidí, mirándose las inmóviles manos, eran la polla.

Adam alzó la vista y la paseó por la habitación. Supuso que aquellas eran todas las fuerzas de Normal, cada uno de los internos. Había, sin embargo, una separación diferente a la de antes. Dos grandes grupos dividían la habitación, sí. Pero había un grupo más pequeño al fondo esforzándose claramente por sentarse al margen de todos los demás. Adam se retorció en su silla para tener una mejor visión de ellos. La gente los miraba, pero ellos solo establecían contacto visual entre ellos. Y todos tenían los zapatos o zapatillas mojados. Venían del exterior. Adam supuso que podrían ser los de «Preinserción»; internos todavía, pero preparándose para su vuelta al mundo exterior.

Los demás, por su parte, seguían separados como antes, divididos claramente por la demarcación de la línea profesional. Ahora, al poder distinguirlos con más precisión, empezó a reconocer caras acá y allá, en los dos lados. Fue escrupuloso al evitar cualquier señal de reconocimiento de algunas de las personas que integraban el grupo de previsión estratégica. Y, en cualquier caso, no es que muchas personas de la habitación tuvieran la entereza mental suficiente para establecer contacto ocular directo.

—Toda comunicación es peligrosa —dijo Clough, desplomándose en una silla vacía al lado de Adam y dejando libre su característica nube de sudor fosilizado—. Joder, solo mirar a alguien constituye comunicación. En especial si te lo quieres follar.

—Hola, señor Clough.

—Solo Clough. Es un buen jodido nombre, Clough. Un nombre sincero. No como muchos nombres de ahora. En esta sala probablemente haya chicos que se llaman Wheat. O Skylar. O Skyler. Porque resulta que se inventaron un nombre y nunca decidieron cómo pronunciarlo, joder. Soy economista, ¿sabes?

—¿De qué bando?

—Previsión estratégica, colega. Un comité de expertos en economía sin ánimo de lucro de Eindhoven. Un jodido economista de campo, eso es lo que soy.

—¿Cómo funciona eso?

—Voy a conferencias importantes y conozco a personas tan borrachas que no pueden mantenerse en pie, y entonces les hago preguntas malintencionadas y tomo nota de las respuestas.

—Eso —admitió Adam— no suena tan mal, la verdad.

—Es de puta madre —se mostró de acuerdo Clough—. Excepto que cuando los tienes borrachos hasta las patas dicen la verdad. Y eso es espantoso, joder. Una y otra vez. ¿La última recesión? Supuso prácticamente una jodida victoria de la situación. Bordeamos la ruina financiera mundial y el regreso a los tiempos del jodido intercambio de conchas marinas por comida, todos los jodidos días. O peor. Ni siquiera sería como en *Mad Max*. ¿Te haces cargo de lo triste que es? Nadie se ocupa de la Negociudad. Esa es la cuestión, colega. Es un proceso incontrolado. Lo mejor que puede hacer cualquiera es agarrarse desesperadamente al acelerador. Pero no lo hacen. Porque es un caleidoscopio mortal acelerado hecho de tetas.

Adam paseó la vista alrededor en busca de Dickson.

—Tetas —subrayó Clough—. De eso cuelgan tetas por todas partes. Y las tetas hipnotizarán a un hombre. Solo las agarra y chupa. A no ser —reflexionó— que les gusten las pollas. En cuyo caso solo tienes que imaginar una trilladora que gira con pollas. Sabrosas. La gente solo quiere un sabor. Y cuando lo tienen, quieren más. Y a fin de cuentas el maricón se ocupa o dirige la máquina. Solo se arrastran por encima de todo eso, intentando sacarle todo el jugo. Sus terribles jugos, joder, colega.

Adam localizó a Dickson, que parecía agobiado y sudoroso. Adam intentó parecer un poco asustado cuando le hizo un gesto con la mano. Dickson lo vio y cambió su trayectoria.

—¿Sabías —continuó Clough, con una voz quebrada— que más de la mitad del cero coma uno por ciento (no el uno por ciento, el cero coma uno por ciento) de las personas mejor pagadas de Estados Unidos son profesionales de las finanzas? Tetas. Te lo estoy diciendo. Vacían el líquido de frenos de una máquina que gira y va a destruir el planeta. Y yo soy un jodido economista.

—Señor Clough —dijo Dickson.

Clough se secó los ojos con dedos temblorosos.

—Estoy perfectamente, hijo. Estoy perfectamente.

—Si necesita ayuda para algo, recurra a alguien, señor Clough. No hay razón para avergonzarse. Aquí todo el mundo está en el mismo barco, ¿recuerda? —Dickson saludó con la cabeza a Adam y reemprendió su rumbo.

—Tú te encuentras bastante bien —señaló Clough—. Eras un zombi llorón la última vez que te vi.

—Creo que son las pastillas —dijo Adam.

—¿Sí? ¿No la adrenalina, entonces?

—No. Las pastillas. No me gusta esto. Estar acorralado en un sitio con todas estas personas.

Una de las sombrías y tupidas cejas de Clough se alzó.

—Acorralado. Tras hacer algún trabajo de campo, ¿eh? ¿En medio de una o dos revueltas?

—Sí. De verdad, no quiero hablar de eso.

La lista de protestas callejeras. El teléfono dentro de una funda resistente, en el bolsillo delantero de los vaqueros, la pantalla vuelta hacia dentro. Quitarse el reloj de pulsera antes de salir. Suficientes vendas y analgésicos (ibuprofeno y acetaminofén) para compartir.

Niebla. Fuego. El hedor de gente asustada en estampida.

—¿Qué estabas haciendo en el pasillo? —dijo Adam—. Cuando estaban abriendo la puerta de ese tipo.

—No duermo mucho —dijo Clough, respirando con dificultad como si algún dolor hubiera estado afilándole los huesos—. Me permiten ir a dar un paseo mientras el sol esté alto. Lo que es muy poco, joder.

—¿Entonces por qué estaban intentando levantarlo?

—Con cada uno siguen una pauta distinta. Aquí son bastante buenos, los del personal, ya sabes. Si te levantas con el sol y vas a la cama con él, pondrán su granito de arena y vendrán a levantarte al amanecer y te meterán en la cama al ponerse el sol. Puede que él fuera uno de estos casos. Sabe Dios que nunca le vimos mucho por ahí. A la orden, señor —dijo Clough, señalando con la cabeza hacia la puerta—. Aquí vamos, entonces. Ese es el director.

Un hombre menudo y delgado de unos cuarenta años, el cual estaba evidentemente convencido de que mantener el pelo muy corto servía para ocultar su calvicie. Con barba incipiente y nervioso, y sin embargo embutido

en un traje con los botones abrochados que era ligeramente pequeño, un aspecto que dejaba clara su intención de que todos supieran que iba mucho al gimnasio. Iba flanqueado por personal médico, la mitad del cual era evidente que había sido sacado de la cama, y todos ellos estaban sustancialmente descentrados. Dejó ver una pequeña cojera cuando avanzó hacia la pared central y encaró al grupo, con el personal revoloteando a su alrededor como cortesanos con batas blancas y verdes.

—Presten atención, por favor —dijo el director, con una voz como un silbido inseguro. La sala quedó en silencio. Algunos dejaron sus vasos y otros echaron el cuerpo hacia delante. Aparecieron unos cuantos cuadernos de notas.

—Justo después del amanecer, siguiendo la pauta establecida, el personal acudió a la habitación de uno de nuestros huéspedes, el señor Mansfield, para despertarle. Como saben, consideramos sagrada la intimidad de sus habitaciones, y por eso no entraron sin permiso, como muchos de ustedes tanto aprecian. Unos cuantos de ustedes fueron despertados por sus intentos de despertar al señor Mansfield. Al final, de acuerdo con el protocolo, intentaron entrar en la habitación. La puerta estaba cerrada con llave y no era posible. Nuevamente, de acuerdo con el protocolo, fue abierta a la fuerza. El personal descubrió entonces que el señor Mansfield había desaparecido.

Hizo una pausa. Adam vio que se le movía la mandíbula. El director estaba rechinando los dientes.

—Se han registrado los terrenos —continuó— y comprobado las grabaciones de seguridad. El señor Mansfield se ha marchado de Normal, y no hay registro de su paso.

El director dejó que aquello descendiera sobre la habitación como nieve que cae. El silencio restalló.

—La habitación estaba cerrada con llave. Las ventanas estaban selladas, y los sellos todavía siguen intactos. Como saben, no tenemos cámaras dentro de sus habitaciones. Pero en el exterior de sus habitaciones la cobertura de las cámaras es suficiente para que estemos relativamente seguros de que nadie entró en nuestras instalaciones y nadie salió de ellas. Eso, sin embargo, deja sin resolver nuestro problema. El señor Mansfield ha desaparecido. Suponemos que el señor Mansfield ha sido abducido o está muerto en este

momento. Si nuestra seguridad fue de hecho en cierto modo lo bastante vulnerable para dejar que entrara una persona, pudo resultar lo suficientemente vulnerable para permitir que salieran dos.

—¿Por qué supone que lo han abducido? —dijo una voz al fondo, un hombre del grupo de Preinserción que apareció envuelto en siete capas de ropa de invierno—. ¿Y si se limitó a escapar?

—En este momento estamos operando sobre la base de la información de un secuestro. Tenemos motivos para barajar esa hipótesis. Eso es todo lo que diré por ahora.

—¿Por qué?

El director suspiró, y miró al que hablaba como si fuera un niño cuya madre bebió limpiador de váteres durante su embarazo.

—Porque sigue siendo absolutamente posible que alguien de esta sala esté implicado en el caso.

Hubo un rumor en la sala.

—Vamos a ver —dijo el director—. Todos ustedes son personas completamente locas que se dedicaban a tontear con la tecnología y con teorías sociales disparatadas para divertirse hasta que su cerebro se fue a la mierda y colapsó. Cualquiera de ustedes podría haber hecho esto.

El personal médico miró al director completamente horrorizado.

—¿Qué? —gritó el director—. ¿Estoy contando algo que no sepan? ¿Acaso es un secreto que presido a un sudoroso y enorme montón de personas dedicadas a una falsa profesión inútil y que por algún motivo no tienen la suficiente fortaleza mental para fingir que ocupan sus días haciendo algo a cambio de su paga? Mientras que yo, Jefe Lameculos de la Élite de los Líderes de Opinión, tengo que pagar dos casas de mierda y alimentar a tres puñeteros niños y a una supuesta esposa que dejó de follar conmigo cinco años antes de que me pusiera, literalmente, en la calle, donde me atropelló un creído inútil y gordo que iba en Vespa, así que ahora además de todo lo demás tengo que pagar cinco medicamentos estúpidamente caros recetados solo para evitar que me pase todo el jodido día chillando como un cerdo al que le pegan. ¿Y lo que saca usted a relucir qué es? ¿Que estoy haciendo saber a personas que se mean en los pantalones si ven un mando a distancia que en realidad están tan mal que se mean en los pantalones si ven un mando

distancia? Que les den mucho por culo. Uno o algunos o incluso puede que todos nuestros maravillosos internos sacara a otro paciente de su habitación en plena noche y probablemente se coma al pobre hijoputa, joder. Bueno, eso no importa. Normal está en cuarentena y por la mañana vamos a llamar a un equipo especializado en investigaciones. Los privilegios de los internos de Preinserción quedan suprimidos. Váyanse a la cama. Mañana empezaremos a trabajar para descubrir quién decidió exactamente arruinar mi vida.

El director se marchó en cuanto su última palabra rebotó en las ventanas del fondo, cojeando con gran rapidez.

—Puede que sea la persona más chiflada de aquí —apuntó Clough.

Había mucha indignación y mucho descontento en la sala. Adam los sintonizaba. Volvía a repetir mentalmente las frases más revelantes de la bronca del director.

Evidentemente se daba cuenta de la información que había sido suprimida de aquella declaración. La espantosa pila de insectos que había dejado sobre la cama algún gracioso. Pero, aunque se extendían por todo el dormitorio cuando Adam echó una ojeada a la escena, no vio lo que había *debajo* de aquella pila.

A Adam se le emborronó la vista y su oído empezó a sonarle como un vinilo distorsionado. Parecía que el tiempo que tenía previsto para pensar llegaba a su fin. Todo su campo visual empezó a nublarse en los bordes. Sacudió la cabeza hacia arriba, tratando de mantenerla por encima del agua y con plena conciencia. Clough se levantó y luego se inclinó hacia Adam, comprendiendo que pasaba algo. Pero lo único que Adam pudo ver fue a alguien que le amenazaba saliendo de la niebla, y empezó a gritar, lo mismo que había hecho en Windhoek.

ADAM DEARDEN SE encontró de vuelta en su habitación, sentado en su silla.

Clough estaba sentado en el borde de la cama. Lela, en el suelo enfrente de Adam.

—Has vuelto a caer al abismo —dijo ella—. Es jodido que te haya pasado durante tu primera noche aquí, supongo.

—Dejaron que nos sentáramos contigo —dijo Clough—. Cada vez tienen

más trabajo. Se les está yendo la cabeza a montones de personas.

—Y —añadió Leila— nosotros estamos entre las personas más sanas de aquí. Pronto nos trasladarán definitivamente a Preinserción. Por lo menos, yo querría.

—Lo que pasa es que van a suprimir los privilegios de Preinserción por la mañana —dijo Clough, riéndose entre dientes—. Les quitarán la conexión a internet, y puede que incluso los hagan volver a instalarse en las habitaciones del edificio principal. Será como meter a un gran gato gordo entre las palomas. Provocarán disturbios, y suprimir Preinserción es un incentivo menos para que la gente se atenga a su medicación y se esfuerce por solucionar sus cuestiones. Yo diría que los que están en Preinserción van a volverse locos, pero ya lo están.

—Eso no es cierto —dijo Lela—. La mayoría simplemente no están preparados todavía para volver afuera.

—Tú has conocido a Colegrave. Dime que no está chiflado. Dime que Bulat no está chiflada.

—Bueno —dijo Adam.

Lela miró fijamente a Clough, como diciendo: «Todo eso fue culpa tuya», y luego volvió su atención hacia Adam.

—¿Cómo te encuentras ahora?

—¿No debería tomar alguna pastilla más?

—No, colega —tronó Clough, poniéndose de pie—. Duerme un poco más. Eso puede esperar hasta el desayuno. Que probablemente sea dentro de cinco jodidos minutos, pero espera.

—Habéis sido muy amables trayéndome hasta aquí. Gracias.

—¿Puedes responder a una pregunta? —dijo Lela.

—Lo puedo intentar.

La intensa atención de Lela le ponía nervioso. Era como si sus movimientos fueran estudiados por alguien rápido y venenoso.

—Clough no te conoce. Yo reconozco vagamente tu nombre. Pero cuando te recogimos y empezamos a andar para sacarte de allí, alguien te llamó por tu nombre desde el otro lado.

Adam se frotó los ojos y simuló un bostezo para conseguir unos segundos más de tiempo y rebuscar en sus recuerdos. «El otro lado». Ella se refería a

los de predicción estratégica.

—No sé —dijo, recurriendo al arma más usada de su arsenal defensivo por puro hábito—. He estado en un montón de congresos. En realidad, todos lo hacemos. He hecho algunas cosas sobre la polinización cruzada en las que participaron miembros de algunas empresas. Probablemente me reconoció uno de ellos.

—¿Has proporcionado materiales a jodidos miembros del espionaje? No se puede hacer eso. No se puede hablar de lo que se hace y piensa. No se pueden hacer públicos asuntos reales. Eso les proporciona nuevos instrumentos para imponerse en las calles. Cada palabra que salga de tu boca y llegue a esos cabrones contribuirá a producir dolor a miles de personas. Se lo pasan todo al servicio de inteligencia estatal. Es lo que hacen.

—Coño, no, yo no hago esas cosas —dijo Adam—. Solo vas y escuchas. Esas cosas normalmente van de seguridad operativa. El director de tecnología de la CIA enseña unas diapositivas, la gente teoriza sobre Firechat y las cadenas de bloques, y uno se sienta y toma notas, ¿sabes? Y si habla con gente después en el bar, solo les cuenta que está escribiendo un libro o algo. No es gran cosa.

—Yo no voy a esos congresos —dijo Lela.

—Bueno, tú eres una especialista —dijo Adam—. No deberías estar en un sitio donde hablas a las autoridades sobre cómo funcionan las ciudades. Yo soy más un investigador de campo itinerante. No cuento con un área de conocimiento específico. Estoy atrapado en una zona un tanto ambigua.

Aquello a Adam le pareció que casi satisfacía a Lela. Casi.

—Necesito dormir algo —dijo Adam.

—Sí —dijo Lela—. Bien. Yo también tengo cosas que hacer.

Adam se levantó y se dirigió a su cama.

—Sí. Todos tenemos que hacer.

Lela estaba de pie junto a Clough en la puerta cuando reaccionó ante lo que había dicho Adam.

—¿Qué es lo que todos tenemos que hacer?

Adam se tumbó como si se estuviera adaptando a su ataúd.

—Tenemos que averiguar qué pasó en esa habitación. De lo contrario, estaremos atrapados aquí para siempre y todo el mundo creerá que hemos

muerto.

ESTABA AVANZADA LA mañana cuando Adam emprendió su camino hacia el patio. Solo se detuvo y lloró una vez durante el paseo hasta allí, y ni siquiera se sintió insultado cuando vio los zapatos y zapatillas de la gente que pasaba andando a su lado mientras permanecía arrodillado con la cabeza sobre la delgada moqueta. Estaba observando a un insecto, una especie de piojo muy gordo o escarabajo que se arrastraba delante de él sobre el zócalo de plástico, con la seccionada espalda ondulando con el estremecimiento del latido de una de aquellas cosas gigantes que acechaban su mundo en una carrera a pie. Incluso cuando Adam se estremeció y se arrodilló allí, se sorprendió preguntándose cómo era el desplazamiento para aquel pequeño y grueso objeto. Los humanos debían ser tan enormes que resultarían difíciles de enfocar con los ojillos del insecto vueltos hacia arriba. Cosas borrosas gigantescas, aterradoras e impredecibles como desastres naturales en movimiento. Encontrarse en el interior de uno de sus edificios debía de ser como estar atrapado en una cárcel planetaria, con el sucio cielo de poliestireno casi a una distancia que era posible escalar si estabas dispuesto a renunciar a una parte significativa de tu vida emprendiendo una tarea tan demente. Si la criatura volvía a alcanzar el exterior, sería como emerger a un espacio en órbita, con el edificio siguiente tan lejano como la luna. A un humano le llevaría nueve años ir andando desde la Tierra hasta la Luna. Un viento como rayos cósmicos. Una lluvia como enjambres de meteoros.

Encontró una mesa vacía, lo más retirada posible del borde del patio en la zona de los de previsión. El personal de la instalación estaba muy presente. Adam los veía moviéndose entre las mesas, tocando a la gente en el hombro, bajando la cabeza para hablar en voz baja, regalando sonrisas, escribiendo en cuadernos de notas con bolígrafos de gel cuando oían quejas, repartiendo frascos de plástico biodegradable con zumos, batidos y agua. El plan era, a todas luces, infundir tranquilidad en varios frentes. Al personal ni siquiera le importaba que eso fuera casi insultante. Los miembros del personal querían que los pacientes supieran que ellos estaban disponibles y que podían atender a cualquier paciente a cualquier hora.

A Adam no tardaron en traerle dos frascos, uno con cierta solución beis y otro con agua, los dos empañados del rocío de un refrigerador. No tenía nada de hambre. Abrió, de todos modos, el frasco de contenido beis suponiendo que la medicación necesitaba algo con lo que hacer efecto. El trago experimental no fue bien. Resultaba arenoso, y por lo menos había sido procesado con algunas almendras, dátiles y sabor a vainilla de laboratorio, aunque sus dosis activas no conseguían reemplazar los productos originales a los que sustituían. Se preguntó si era Ensure o Soylent. La etiqueta del frasco garantizaba que no estaba caducado, pero no había indicación del año en que se suponía que había sido fabricado. Empezó a levantar la esquina de la etiqueta. Pensó en comer parte de la etiqueta, por si era más nutritiva que la porquería beis. No lo hizo porque pensó que podría hacer que pareciera loco.

Lela apareció en la silla del otro lado de la mesa.

—¿Qué querías decir con tenemos que averiguar qué pasó?

—¿Qué?

—Lo último que dijiste antes de que entraras en coma. Tenemos que averiguarlo. Si no, todos estaremos atrapados aquí. ¿Qué querías decir?

No se había cambiado de ropa.

—No lo sé —dijo Adam—. Paranoia. Cinismo. Van a poner a trabajar a un equipo de investigación, lo que significará cierto grado de cooperación entre todas las personas que financian este sitio, y de todos modos ni siquiera sé cómo se comienza a investigar algo así. Y encima, el que lo haya hecho puede que ya tenga lo que ellos querían.

—¿Te refieres a eliminar a ese tal Mansfield?

—Me refiero a suprimir los privilegios de Preinserción. Y según tú, esas cabañas de Preinserción son los únicos sitios donde la gente, aparte del personal, tiene acceso a internet.

Ella se echó hacia atrás en la silla.

—Guau —dijo—. Estás paranoico.

—No. Bueno, a lo mejor. Pero yo funciono de modo diferente que tú. He visto tus intervenciones.

Tomó otro sorbo pequeño del líquido beis. A su estómago le dio un espasmo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada. Olvida lo que he dicho.

—No. —Ella tenía de nuevo aquellos ojos de ave rapaz, y golpeó con garras el descolorido tablero de plástico—. Di lo que querías decir.

Adam enroscó la tapa de la porquería beis y decidió abrir la de agua.

—Padeces una grave obsesión con los datos. Das por sentado que los datos constituyen una realidad en miniatura. Los datos como el único modo de medir cualquier estado o acontecimiento dado.

—Ay, Dios mío —dijo Lela—. Tú estás loco de verdad. Gracias al Señor te trajeron aquí.

—No más loco de lo que estabas tú en Bruselas en 2012. Todo ese trabajo que hiciste sobre el transporte de desperdicios. Te ocupabas del proceso de saneamiento de una ciudad entera con las ganancias de los vertederos. Reunías todos los datos, ¿y luego qué hacías con ellos?

—Se los entregaba a la ciudad, claro.

—¿Y qué pasaba después?

—Ni idea. Mi trabajo era reunir los datos. No es como si me relacionase con los servicios de espionaje.

—Lo que pasa es que en realidad no era un trabajo. Era una beca de la universidad. Pero de todos modos tú entregabas todos los datos y tus conclusiones a las autoridades de la ciudad. Porque lo único que te importaba era construir tu miniatura de la realidad. Algo que alguien pudiera tener en la mano. Estabas ciega respecto al antes y al después. Un caso grave de obsesión con los datos. Hay que joderse, esta agua es muy desagradable.

—Es muy alcalina. Reduce la inflamación.

—Creo que prefiero estar inflamado.

—Evidentemente. ¿Y a qué te dedicas ahora, Adam Dearden?

—Trabajo de campo. Otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—¿Qué parte de tu realidad en miniatura falta en ese caso, Lela?

—No cambies de tema.

—¿Te contó Clough lo que vimos en la habitación de Mansfield?

La idea de que faltaron datos hizo que Lela frunciera la frente.

—No.

Adam se echó hacia delante y bajó la voz.

—Algún hijoputa gracioso pensó que sería una buena broma vaciar una bolsa llena de insectos sobre la cama de Mansfield.

—Ni siquiera sé lo que significa eso.

—Lo que te digo. No me preguntes cómo. Uno o varios pasaron Dios sabe cuánto tiempo llenando de hormigas, arañas, cucarachas y otros jodidos insectos asquerosos una bolsa solo para vaciarla encima de la cama de Mansfield antes de marcharse. Los vimos forzar la cerradura de la puerta de Mansfield, los vimos entrar en la habitación y vimos insectos por toda la cama y andando por toda la habitación. Yo lo vi. Clough lo vio. ¿Vale?

Lela dejó que la idea le diera vueltas en la cabeza como hace un boxeador, entrelazándola en su silla. Arrebató el agua de los dedos de Adam y tomó un trago.

—¿Por qué haría eso alguien?

—Yo soy un paranoico, ¿te acuerdas? —Adam sonrió.

—Compláceme, demente. No soy más que una puritana inflexible que solo atiende a los datos. Cuéntame las novedades de este pueblo de locos.

Adam recuperó su agua. El borde del frasco tenía aquel extraño calor de la boca de otra persona que le hizo pensar en los sistemas de higiene de los teléfonos. Valoró cómo formular su respuesta sin exponer demasiado de sí mismo. Se recordó que allí todo el mundo estaba un poco tocado, y que eso les hacía peligrosos hasta cierto punto a todos. También que su propia calma relativa era producto de la química y podría dejar caer el telón en cualquier momento.

—Operaciones psicológicas de los Servicios de Inteligencia —dijo.

—Mierda —dijo ella.

—Vale —dijo él, echándose hacia atrás con su frasco de agua, fuera del alcance de Lela.

A modo de represalia abstracta, ella agarró el frasco de mierda beis.

—Voy a tomar tu batido —dijo Lela.

—Que te aproveche.

Se miraron fijamente el uno al otro. Aquello se convirtió en una pelea de miradas. Una lucha libre sociopolítica virtual.

—Operaciones psicológicas de los Servicios de Inteligencia. —Lela sonrió burlonamente—. ¿De verdad?

—¿Sabes algo de eso? —preguntó Adam.

—¿Y tú? ¿O solo has oído hablar de la brigada de los gorros de aluminio para impedir las interferencias mentales por la radio *on line*? Hablas como uno de ellos —dijo ella, señalando con la cabeza a la otra mitad de los reunidos en el patio—. Lo que me lleva de nuevo a por qué uno de ellos sabía tu nombre. Cruzar el pasillo aquí no está muy bien visto, ya sabes.

—Ahí lo tienes —dijo Adam—. Pensamiento binario. Eso queda dentro de tu campo de investigación o no.

—Estás empezando a cabrearme de verdad —observó Lela. Tomó un trago del batido, que resultó que le gustaba—. Me alegra que aquí tengan Buoylent.

—¿Buoylent?

—Sabes lo que es el Soylent, ¿no? ¿Esa mezcla de polvos que cubre todas tus necesidades nutritivas? La mitad de la zona de la Bahía lleva años tomándola. Aquí hacen sus propias versiones personalizadas. El Booylent es como una versión médica para el manejo de estados de ánimo. Además, sabe mejor que el Soylent. Mucho menos que beber el semen de un vagabundo.

Adam se bebió de un trago la mitad del volumen restante de agua, jadeó y dijo:

—¿Reparten batidos de litio en Normal?

—Por favor —dijo Lela, retorciendo el labio—. Estamos en el siglo veintiuno. Corremos el mismo riesgo de ser envenenados con plomo que de ser tratados con sanguijuelas. Aunque, según dicen, en la actualidad se usan sanguijuelas como venas artificiales durante los procesos de reconexión quirúrgica. Como ves, todo gira en torno a la captura y procesamiento continuos de datos.

Adam le dedicó una lenta palmada mientras ella sonreía.

—Bien jugado, señora.

—Pronto me mandarán a Preinserción —dijo Lela, alisándose las solapas de su chaqueta—. Soy urbanista. Comprendo los procesos.

—No estás en una ciudad —dijo Adam—. No sabes dónde estás.

—Bueno, sigue entonces, loco nuevo. Dame ese gusto. ¿Dónde estoy?

—Estás en un manicomio que ha sido convertido en un escenario de combates.

—*¿De verdad?* ¿Qué tipo de combates?

—Operaciones psicológicas.

—Estupideces. Ha desaparecido alguien, eso es todo. Todo el mundo ha perdido los papeles, pero...

—No, así es como funcionan las operaciones psicológicas de los Servicios de Inteligencia modernos. Algo así. Cortan la cabeza a un hombre y la graban y descargan en YouTube. No es solo un asesinato. El asesinato es, en cierto sentido, lo menos importante. Es el teatro de la crueldad. Es un contagio emocional. La familia y amigos de la víctima lo saben. No pueden ayudar pero lo saben. Saben que la gente lo está viendo en la red. Saben incluso que cuando supriman el vídeo, seguirán circulando fotogramas de todo el asunto. Lo contarán en la tele y en la prensa. Saben, cuando andan por la calle, que cualquiera con el que se crucen podría haber visto morir a esa persona. El terror de los vínculos y la comunicación interpersonales. Toda comunicación se convierte en peligrosa. El impacto se extiende, se convierte en un asunto sociocultural. Fricciones en la zona donde viven. La policía y los servicios sociales se involucran. Y las ventanas vibran en los vestíbulos del poder. Se consideran las represalias, y acaso incluso se decretan, pero se enfrentan a fuerzas generadas asimétricamente que son extremadamente móviles e indistinguibles en el ambiente. El viaje aéreo es el vector de infección. Se hace más duro por el empleo de aviones. Moverse libremente se vuelve complicado si no imposible para determinadas personas y regiones. Mata a personas inocentes. Personas inocentes pierden libertades. El contagio se extiende sin cesar y nadie puede suprimir la infección. Y cuando crees que la fiebre está desapareciendo y la infección está extinguiéndose... hay otra decapitación, otro estallido psicológico con armas. Sin pausa. Y el coste de material que asume el atacante es un cuchillo, un teléfono y lo que vale un minuto de conexión a internet. O una abducción y una bolsa con bichos del campo. Abducción o desaparición de personas funcionan del mismo modo. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar con esto? Un tipo que desaparece, el misterio de una habitación cerrada, como cualquiera de la puñetera Agatha Christie, y un montón de insectos. Y tú no sabías lo del montón de insectos. Esa información se ocultó. Pero sabes que el director, su personal y cualquiera con el que estén tratando ahora mismo trabajan con ella. Y el

resultado del primer impacto es que nosotros estamos ahora en una isla electrónica. ¿Quién se beneficia de eso? ¿Quién está más contento sabiendo que el personal está paralizado por el miedo, la inseguridad y la duda, y que las personas presumiblemente más sanas que nosotros que trabajan en Preinserción ahora no pueden hablar con el mundo exterior por ningún medio? ¿Quieres abordar esto desde la perspectiva de la obsesión por los datos? El hecho de que el cuerpo de Mansfield fuera, mágicamente en apariencia, sustituido por un montón de cochinillas es un dato que resulta tan jodidamente raro que el personal tiene que ocultárselo a los pacientes, y por eso hasta hace cinco minutos tú tenías un modelo incompleto del suceso y no podías empezar a procesarlo correctamente. A tu jodido modelo, tan pequeño como un tren eléctrico en miniatura, del mundo le faltan vías y árboles de plástico. Que es lo que pasa siempre, porque el mundo no es un tren eléctrico, y la obsesión por los datos es una majadería, y tú eres una amenaza para el mundo tan grande como cualquiera de los integrantes de previsión estratégica porque en realidad no sabes lo que estás haciendo, joder. Podrías pensar que ellos son malos, pero ellos piensan que tú eres peligrosa.

Lela le agarró la mano. Él dejó de hablar. Se dio cuenta de que estaba temblando y de que no podía dejar de hacerlo.

Adam se esforzó por reírse inseguramente.

—Creía que todavía no podías tocar a otras personas.

Lela se miró las manos. Tensó la boca. Se estaba forzando a apretar la mano, imponiéndose a algún tipo de barrera personal.

—Parecías a punto de perder los estribos. Reconocí el modo en que estabas hablando porque yo todavía hablo así a veces.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Adam, en voz baja.

Ella fingió una sonrisa de arrepentimiento y apartó las manos.

—Un caso grave de mirada al abismo.

Habría sido cruel por parte de Adam presionar. Pero comprobó que quería ser cruel. Solo un momento. Solo un poco. Solo lo suficiente para ver abrirse una herida y contemplar un poco de sangre. Quería herir a Lela, hacerle un rasguño. Para ver si podía hacerlo, y para lanzar una moneda al aire como revancha por las veces en que el tono y actitud de Lela le habían hecho sentirse mal. Adam sabía que era una actitud infantil, pero razonó de este

modo: hacer daño despreocupadamente a otra persona era un sustituto decente del estándar de interacción humana.

—Supongo que eso es lo que decimos todos —repuso Adam—. ¿Qué pasó en realidad? ¿Qué te destrozó y te trajo aquí, Lela?

—Yo no estoy destrozada —dijo Lela.

—Pero estás aquí. Te abismaste en algo que hizo que te encerraran aquí. ¿Qué era? ¿Te fallaron los datos?

—No. —A Lela se le pusieron blancas las manos alrededor del frasco de Buoylent—. Los datos nunca me fallan.

—Y ese fue el problema —dijo Adam, clavando la punta de un cuchillo en aquella mínima —casi-pero-no-del-todo-curada— incisión del corazón de Lela.

—Ese es el problema. Te pasas todo el día considerando a las ciudades aparatos en los que se vive. Y según se acumulan los datos, y conforme te vas dando cuenta de la magnitud de los problemas que intentan resolver las ciudades, empiezas a considerar a la ciudad una armadura dentro de la que sobrevivir. Quiero decir, en teoría y en la práctica, que es exactamente eso. Y por eso las ciudades solían estar rodeadas de terraplenes y murallas. Se supone que una ciudad tiene todo lo que sus ciudadanos necesitan para vivir. Si estoy enferma, y vivo en una ciudad, es casi seguro que los cuidados que necesito estén más a mi alcance que si viviera en una casa en el campo, porque todos los hospitales están en las poblaciones grandes y en las ciudades. Las personas en las que pensamos como los habitantes típicos de ciudad occidental cualquiera simplemente viven más. Bueno, cualquiera no, ya sabes, desquiciante o salvaje. Cualquiera. Lo que significa que están llenas de viejos. Hacinados junto a los servicios sanitarios que necesitan y pueden pagar, y todos los otros mecanismos cívicos que mantienen habitables sus espacios.

La voz de Lela se estaba acelerando y adquiriendo ese tono apático y carente de emoción que Adam le oyó ayer. Este puso la mano sobre la mesa, donde habían estado las de Lela, abierta.

—Lo siento. No tienes que seguir.

—Pero voy a seguir. Necesito seguir. Porque tú necesitas oírlo. Todo el mundo lo necesita. Tengo que seguirle la pista a la mierda, hacer mi trabajo.

Literalmente. Una vez tuve que seguir literalmente el trayecto de la mierda por las tuberías de cinco grandes ciudades durante seis meses. El modo en que movemos la mierda por las ciudades es jodidamente vital. Afecta a la calidad del ambiente urbano, al número de humanos que es sostenible, a la calidad del agua y a las condiciones ecológicas en las afueras de la ciudad. Como *mínimo*. Y luego, sí, tenía que entregar mis datos a las autoridades de la ciudad, porque para eso es para lo que me contrataban. No tengo que tomar decisiones. Lo único que puedo hacer es abrumarles con datos e informes hasta que no tienen más elección que hacer lo adecuado. Pero no lo hacen, porque nadie es capaz de mantener lo adecuado dentro de la cabeza. Es demasiado grande. Es demasiado grande y es demasiado profundo.

—Lela, no sigas —murmuró Adam, mirando la mesa.

—Tú sabes de lo que estoy hablando. Todos ellos —señaló con la mano a la masa de personas reunida en el patio— saben de lo que estoy hablando. Me mandaron a Nueva York. La jodida Nueva York. Bombea más de sesenta millones de litros de agua fuera de Nueva York todos los días solo para mantener el jodido metro funcionando. Para la gente puede cometer en el metro diez mil delitos graves. Y estoy dando las cifras más bajas. Nueva York necesita bombear otros novecientos millones de agua fuera de las mil ochocientas hectáreas de la ciudad cada día para evitar que la ciudad se ahogue en sus propios meados y agua de baño, y el mar se aterra desprevenidamente los tobillos de los dos millones de personas al sur de la calle Sesenta y Uno. Ese es un sistema. Solo uno. Y solo en Manhattan. Los cinco distritos tienen que procesar más de mil millones al día. ¿Recuerdas el huracán Sandy? Sandy destrozó la mitad de los aparatos de bombeo y casi todas las plantas de tratamiento en un jodido segundo. Y eso que era un huracán que apenas alcanzaba Categoría Uno cuando llegó a la ciudad. Una oleada de cuatro metros y medio superó el muro de Battery Park. Soltó cuatro mil millones de litros de aguas residuales en la ciudad y las aguas circundantes. Mierda. Viene una gran tempestad y no nos podemos proteger de nuestra propia mierda. Ese es el futuro, Adam te apellides-como-te-apellides, joder. Ciudades-Estado abarrotadas de personas mayores apiñadas junto a hospitales y esperando con horror la gran tempestad que llegará, se irá y los dejará flotando boca abajo en cuatro metros y medio de mierda. Y no

puedo hacer nada al respecto.

Adam estaba buscando a Dickson con la mirada, porque, aunque solo fuera por eso, le evitaba establecer contacto visual con Lela.

—Ninguno de nosotros puede —continuó ella—. Nos limitamos a mirar esas cosas, las miramos con más amplitud y más profundidad, y luego con más profundidad y más jodida profundidad, y lo único que podemos ver es que todo se hace más pequeño y más oscuro hasta que se convierte en un punto negro infinito de mierda y horror comprimidos. Y nos pagan por eso. Eso es lo increíble. Nos pagan por mirar fijamente el silo negro del futuro y contemplar la gravilla del fondo que no es más que los restos aplastados de las especies. En eso es en lo que acabamos convertidos todos. Eso es lo que hacemos todos. Y eso tiene un precio en dólares. Conseguimos dinero por ello. Somos como los que cargan con los pecados de todas las culturas, joder, mirando el final de la civilización humana porque se suponía que debería hacerlo alguien. Yo estoy bien, dicho sea de paso. Deja de buscar a un enfermero. Pronto voy a ser trasladado a Preinserción. Voy a volver a trabajar. La sociedad necesita a personas que miren fijamente una bola de mierda al final del mundo el día entero. Es un modo de vivir.

En su campo de visión apareció Dickson, un hombre como un gran galeón que navegaba con una gracia especial entre el archipiélago de islas de plástico. Llegó junto a su mesa resoplando. Sus ojos tenían legañas y se movían nerviosamente.

—¿Señor Dearden? Tengo que llevarle ahora a su sesión con la doctora. ¿Está preparado?

—Supongo —dijo Adam—. ¿Cree que no imaginaba que hoy iba a tener una?

—Hoy todo el mundo pasa cinco minutos con un médico en algún momento. Venga, señor. Le acompañaré.

Adam, poniéndose en pie, iba a decir algo a Lela, pero ella tenía la vista en otra cosa, y arrancaba como un robot la etiqueta del frasco. Adam miró a Dickson con desamparo, sin saber cómo plantear la pregunta que creía que quería hacer. Algo sobre que no la perdieran de vista, le proporcionaran cierta ayuda... algo. No lo sabía. Quería hacer algo. Dickson señaló las puertas con la cabeza, y Adam fue con él.

—Debe de ser un día muy ocupado para ti —le obsequió Adam.

—Sí. En realidad ninguno de nosotros ha dormido mucho.

—Pareces un poco cansado.

—Lo estoy. Bueno, lo estaba. Gracias a Dios nos dejaron recurrir a las reservas a Adderall. Podría correr desde aquí hasta Canadá ahora mismo.

LA DOCTORA MURGU no tenía mejor aspecto que Dickson, pero consiguió sonreír ampliamente a Adam. La tablilla con sujetapapeles de su regazo hoy tenía unas cuantas hojas de papel y un bloc pequeño sujeto a ella.

—Siéntate, Adam. Esto solo va a llevar un momento, lo juro. Solo queremos hablar con todos después de los acontecimientos de esta noche. Para asegurarnos de que no produjeron ningún daño, no activaron nada, ese tipo de cosas. Y según me dijeron, tú estabas allí cuando forzaron la puerta del señor Mansfield para abrirla, ¿no?

Una araña muy pequeña estaba merodeando con alguna intención en la esquina de la ventana. Una araña con complejo de Napoleón que no se dignaba tejer su tela sino que acechaba a los insectos de la calle esperando para demostrar que podía dejar tesa a una mosca únicamente con sus palpos.

—Sí.

—Debió de ser bastante espantoso.

—Fue raro. Sé que el director está ocultando información, y no sé qué otras cosas te han contado, así que no sé si en realidad debería estar hablando de esto.

La doctora Murgu examinó atentamente su tablilla sujetapapeles, con otra sonrisa, una que Adam no pudo descifrar del todo.

—Eso —dijo ella— me suena familiar. Creo que en series de televisión he oído a detectives decir cosas así. Supongo que lo hace todo menos dramático y escalofriante.

—Supongo. Puede que lo haya oído en la televisión.

—Puede que sea eso. ¿Entonces no te perturbó mucho? Aparte de, claro, lo extraño que era todo. ¿No te sientes mejor o peor hoy?

Le tocó decirlo a ella por Adam para enterarse de que en realidad tenía que sentirse mejor hoy.

—No, ni una cosa ni otra —dijo él—. Aparte de lo extraño que resultó todo.

Ella tomó nota en el papel de la tablilla. Su sonrisa se esfumó.

—Ya veo. Me gustaría hacerte algunas preguntas más, pero hoy tengo un montón espantoso de gente con la que hablar. Vamos a ajustar tu medicación un poco, pues tus respuestas todavía no son exactamente las que me gustaría oír. De modo que hoy límitate a relajarte, y mañana hablaremos sobre la última o las últimas dos semanas de tu vida con más detalle. Hay algunos vacíos que me gustaría llenar. ¿De acuerdo?

Aquello no estaba bien.

—De acuerdo —dijo él. Ella escribió algo en el bloc, arrancó la hoja y se la entregó.

—Y ahora vete. Toma esto. Si esperas fuera, te recogerá Dickson, y si le das la nota te llevará al dispensario. Toma el aire, sigue bebiendo los zumos e intenta cenar esta noche. Te veré mañana.

Adam recogió la nota y salió como se le indicaba. Tenía la sensación de que algo había ido mal, pero que muy mal, en el último par de minutos.

Dickson se acercó corriendo, vio la hoja con la receta y lo llevó a la ventanilla del dispensario, donde observó que a Adam le daban y cogía una taza de plástico con cápsulas y tabletas, y un cucurucho de papel con agua para que se las tragase.

Mientras Adam tomaba su medicación, otro paciente andaba por allí cerca con aire taimado. Era un hombre en la treintena, bien alimentado, gordo y brillante como una salchicha inglesa, con unos pantalones de pana color oporto y el jersey de lana y el gorro de punto puntiagudo de estilo nórdico más espantosos que Adam había visto desde su último viaje a Helsinki.

—Hola —mintió. O al menos así es como le sonó a Adam—. Me llamo Benedict Asher. Tú eres Adam Dearden, ¿no?

—Sí —dijo Adam mirando a Dickson, el cual en ese momento le estaba diciendo al que atendía el dispensario que deberían dar Adderall todos los días porque era estupendo si se dejaban aparte los temblores, los espasmos, el rechinar de los dientes y las meadas que quemaban.

—A Colegrave le gustaría hablar contigo. En Preinserción.

Adam se dio cuenta de que en realidad sentía curiosidad por Preinserción.

—Dickson —dijo—, este tipo quiere enseñarme algo en Preinserción. ¿Está bien eso?

—Hola, Ben —dijo Dickson, fijándose en el hombre con el estúpido gorro—. Está bien, pero tendrás que traer también de vuelta a Adam. Todavía no conoce la distribución de este sitio. Me fío de ti para que te encargues, ¿vale? Hoy estamos un poco desbordados, y será complicado mandar a alguien para que recoja a Adam. ¿Hacemos un trato?

—Claro —mintió Asher.

—De acuerdo, entonces —dijo Dickson, dando un golpecito a Adam en el hombro—. Divertíos y tened cuidado.

Y dicho esto se fue corriendo hacia su próxima tarea, dejando a Adam con Asher, el cual exhibía una sonrisa retorcida que Adam consideró que podría aprender a odiar con mucha rapidez.

Recorrieron juntos en silencio el edificio principal, abandonándolo por una salida que Adam no había visto antes. Estaba aprendiendo el camino mentalmente. Por lo general, era bastante bueno en cuestiones de orientación y espacio. Eso venía bien cuando trabajaba en la calle, en especial cuando las cosas se ponían mal. Le fue muy útil en Windhoek cuando...

Adam se lo quitó de la cabeza, concentrándose en la marcha y las pistas.

La salida les llevó al aire libre, a unos cientos de metros del borde de arbolado que parecía rodear Normal. En la hilera de árboles estaban los grupos de microcasas que había visto al entrar, pequeñas casas bonsái con techo inclinado y recubrimiento exterior de plástico, situadas sobre gruesas plataformas elevadas de madera.

Cuando doblaron hacia una más alejada y se encontraban en el interior del bosque, Adam echó ojeadas por las altas ventanas de las construcciones. Oficinas mínimas, suficientes para dos o tres personas, cocinas ingeniosamente compactas, escaleras suspendidas que conducían a los dormitorios superiores. Distinguió sistemas de recogida de aguas y pequeñas plantas de tratamiento de aguas grises. Parecían unidades independientes.

Aún había rocío en la hierba, que habían segado un mes o dos antes. Vio unas cuantas hileras de piedras lisas como dispuestas al azar, salpicadas de discos de cemento instalados en la tierra, pero las líneas de hierba pisoteada parecían ser los senderos más frecuentados.

Llegaron a la microcasa que era su destino. Parecía que podría haber sido mayor que las otras. Sus costados se habían puesto verdes, con cardos y zarzamoras enredados con maliciosa posesividad en torno a la plataforma.

Asher subió los escalones y llamó a la puerta de cristal. Adam pudo distinguir por encima del hombro de su acompañante la forma oscura de una persona acomodada en un sillón de oficina cuyo respaldo era tan alto que perfectamente podría ser el de un trono.

—Entra —vocalizó una voz del interior.

Asher empujó la puerta y condujo a Adam dentro.

Un hombre con la cara más delgada que Adam había visto nunca dijo:

—Yo soy Colegrave.

Unos dedos tan finos y curvados como cuchillos turcos señalaron con un gesto una silla más pequeña y baja frente al trono de cuero, que Adam ocupó. El hombre vestía un viejo traje negro, muy bien cuidado, una camisa blanca impecable y una pajarita negra con las puntas superiores metidas bajo el cuello. Y no tenía zapatos. Tras sentarse, Adam apoyó los talones en el suelo y empujó la silla otros diez o doce centímetros más lejos de Colegrave, hasta que chocó contra una pared. El hombre despedía un olor amargo que parecía envolverle como una espesa manta, y Adam quería aumentar la distancia de la zona contaminada.

Colegrave frunció los labios. Puede que estuviera ofendido.

—Los comienzos —dijo—. Los comienzos son muy importantes. Primeras impresiones, fundamentos y principios básicos. Soy el paciente que lleva más tiempo en Preinserción. Hace quince años que estoy aquí. No exhibir expresiones faciales humanas destinadas a indicar simpatía. Para mí quince años no son nada. He vivido más de un milenio y, con toda sinceridad, la comida nunca ha sido mejor. Soy la persona más vieja que hay aquí en Preinserción. Esto es un mundo diferente. Esto es importante. Atraviesas un continuo alternativo donde la separación artificial entre previsión estratégica y predicción estratégica no existe. No somos ni una cosa ni la otra. Aquí estamos simplemente en Preinserción. ¿Me has seguido hasta ahora, Adam Dearden?

Adam luchó brevemente a brazo partido contra las ventajas y desventajas de responder con claridad a la parrafada del hombre de mil años. Tras valorar

sus reservas de energía, decidió dejarlo pasar. Había cosas en las que no merecía la pena gastar ondas cerebrales.

—Hasta ahora le sigo, señor Colegrave.

—Solo Colegrave, haz el favor —dijo él, alzando sus talones—. Los tratamientos honoríficos dejarán de existir en el futuro que nos espera, y yo los he descartado en preparación del terrible y glorioso tiempo que viene.

—Entiendo.

—En efecto. La crisis será resuelta a tiempo. El proyecto de democracia quedará inacabado, incluida la Carta Magna. No es accidental que la Petición de Derechos y la usurpación final del poder por el Parlamento Inglés fueran contiguas a la aceptación de que cualquiera podía ser «caballero» y de que la palabra «míster» no se le debía aplicar solo a los hombres con experiencia sino a cualquiera. *Master* se convirtió en «míster» y ahora todos estamos corrompidos por la renuncia de la civilización correcta.

—¿Quince años en Preinserción, dices?

Colegrave dobló sus manos sobre el nudo muerto de una rodilla.

—Nunca me soltarán. El trabajo que hago en Preinserción es muy valioso. Y saben que si me fuera a escapar al mundo exterior lo dejaría. Eso no importa. Terminará de todos modos. La presión del tiempo es inexorable. Tú llevas un día aquí, ¿correcto?

—Sí.

—De modo que estás loco y eres desgraciado. O loco e instigador desafortunado.

Adam se enfureció sin saber del todo por qué.

—¿Instigador? ¿De verdad?

—Eres el único paciente nuevo que llegó ayer. A Mansfield se lo llevaron esta noche. Sería un jodido idiota si no considerase la posibilidad de que tienes algo que ver. Él llegó dos días antes que tú y, por lo que podemos deducir, tuvo una carrera meteórica en defensa de la predicción del conocimiento durante los dos últimos años. Es indudable que no fue rescatado, pues fueron los que le daban trabajo quienes lo mandaron aquí, y supondría un suicidio más bien barroco que implica una imaginación que probablemente él no posee.

Adam flexionó los dedos.

—¿Estás a cargo de la investigación?

Colegrave soltó una repentina carcajada chillona como el ladrido de un perro de pelea. Adam se sobresaltó.

—Nunca se les ocurriría ponerme a cargo de la investigación. El director es un idiota. Era idiota incluso antes de que se echara a perder. En cualquier civilización sensata habrían terminado compasivamente con él y procesado su cuerpo para recuperar los minerales hace un par de años. Compasivamente, recalco. No soy un monstruo. Ellos dicen que soy un monstruo, pero no lo soy. Uso una de esas armas que se usan con las vacas. Muy eficaces. Muerte instantánea. El disparo destruye el cerebro inmediatamente, ya sabes, que es precisamente lo que se les enseña a los francotiradores de la policía en situaciones de terror. Destroza el cerebro. Es una cosa demasiado fascinante para pensarla aquí, en un complejo en medio de un bosque donde vive gente con el cerebro destrozado. Imagino que a la mayoría nos ejecutarán cuando el mundo recupere el rumbo adecuado.

La voz de Colegrave se había apagado, volviéndose melancólica, y se acariciaba la sien izquierda con la yema de un dedo, como ablandándola para el previsto disparo eutanásico.

Adam se balaceó sobre las patas traseras de la silla. Le proporcionaba un pequeño placer nostálgico hacerlo. Recuerdos de que fantaseaba con ser un jinete acrobático mientras estaba sentado en clase durante las interminables y aburridas tardes que parecían ser una conspiración burocrática para robarle los años de juventud.

—Colegrave —dijo—. Yo no tengo nada que ver con eso. Solo vi las consecuencias. Lo mismo que Clough. Y no veo a Clough aquí.

—Clough es economista, y por tanto estaba permanentemente comprometido mentalmente mucho antes de poner un pie en Normal. Además, es evidente, ese hombre es un imbécil y encima demente, aparte de un chacal a los pies de... da lo mismo. —Colegrave se había recuperado algo de sus fantasías de ejecución y comprendió que Adam se le estaba escapando—. El director ha convocado a un equipo para que investigue, pero llevará tiempo reunirlo y transportarlo. Un tiempo que no nos podemos permitir. Nosotros, nosotros mismos, debemos investigar ese asunto.

—Estoy de acuerdo —dijo Adam.

—Claro que lo estás. —Colegrave sonrió—. Eres un hombre que estás a ambos lados del pasillo, por decirlo así. Lo comprendí al verte llegar ayer. Cuando todavía tenía internet. No apareces en las listas y bases de datos habituales. Tuve que hacer algunas consultas especiales. El Modelo Rebajado solo es la punta de tu particular iceberg. Hay un montón de gente en Normal a la que ingresaron por paranoia y miedo al estado moderno de vigilancia, y estoy seguro de que no querrías que te hicieran preguntas sobre lo profunda que es tu relación con él al aire libre. Pasara lo que te pasase en Windhoek, tuvo que ser algo muy especial, dada tu experiencia laboral.

Adam estaba muy quieto.

—Dicho eso —continuó Colegrave—, a veces es solo y simplemente que la gota colma el vaso, ¿no? Mi argumento es simplemente este. Hay tres clases de humanos en Normal. Los de previsión estratégica, los de predicción estratégica y los de Preinserción. Por lo tanto, al parecer, es una afortunada casualidad que contemos con una persona capaz de hablar a las tres categorías de pacientes de Normal. Tú.

Adam estaba escuchando, pero solo con una parte de su cerebro. Otra estaba inventando una lista de mentiras y súplicas para utilizarlas con Colegrave y comprar su silencio. Y otra estaba buscando armas. Sus recursos formativos y disciplina, incompletos y especializados en varios sentidos, eran una panda de hijoputas situada más o menos al fondo de su cráneo y gritándose órdenes unos a otros.

—Yo no conozco a nadie aquí —dijo Adam—. Solo a Clough y Lela Charron. Y en realidad ni siquiera los conozco, solo son las únicas personas que me han hablado.

—¿Todavía no has examinado adecuadamente esto? ¿Tomado la iniciativa para conocer a alguna persona o interesarte por ella?

—No. Llegué aquí, me drogaron y me metieron en la cama, luego me despertó el personal que golpeaba la puerta de Mansfield; todo pasó casi jodidamente a la vez.

—Entonces tienes que ir a dar un paseo. Ver a quien puedas. Conseguir aliados. Detectives amigos. Tienes todos los recursos, Dearden. Serás nuestro agente en Normal. ¿Aceptas?

Todas las voces del interior de la cabeza de Adam quedaron en silencio.

Las paredes se combaron un poco, y su percepción de la perspectiva quedó un poco abombada. Supuso que la tensión de la entrevista pudo haber activado con mayor rapidez los efectos de su medicación. Pero dijo aquello. Tenía la intuición de que más allá de los detalles de la propia abducción, algo iba mal, y que era necesario hacer algo. No podía mentirse a sí mismo otra vez. Mentirse probablemente le había puesto a medio camino de necesitar ser ingresado en Normal.

—Sí. Sí, acepto.

Colegrave unió sus manos. Hicieron un ruido como de madera seca.

—Bravo. Ahora cuéntame todo lo que recuerdes de lo que pasó después de la abducción que viste. Todos los detalles. ¡Asher! Tráenos dos frascos de Buoylent muy frío. Con sabor sorpresa a zanahoria y manzana, si es posible.

—Colegrave enarcó una ceja al mirar a Adam—. La sorpresa es que nunca se ve una zanahoria o una manzana durante su breve vida en el laboratorio. Lo que pasa es que me gusta el sabor porque es precisamente el que tendrá la barata papilla química que mantendrá con vida a los campesinos en el mundo por venir. Es extraño, Dearden. Vivimos en una época degradada, y sin embargo podemos saborear de modo completamente literal el futuro. Tienes que reconocer que es maravilloso.

Colegrave estaba radiante. Tenía los dientes muy pequeños y cuadrados con un espacio igual entre ellos y todos los matices de óxido y musgo que podría lucir una cabaña abandonada en el bosque, una grotesca exhibición de la naturaleza aplicada a la odontología y reunida en muestras micrométricas.

Se hicieron casi amigos con los frascos de la mezcla naranja fluorescente del Buoylent —de un tono, señaló Colegrave con aprobación, que no se daba en la naturaleza— y la exposición de los acontecimientos de la noche. Colegrave hizo preguntas inteligentes, y Adam fue consciente de que en realidad estaba en presencia de un intelectual, al margen de lo consumido que pareciera superficialmente. Colegrave parecía disfrutar teniendo un problema nuevo que resolver, y trabajaba sin cuaderno de notas ni nada que ayudara a su memoria. Adam a veces veía que los globos oculares de Colegrave se movían nerviosos, como si estuviera en la fase REM del sueño con los párpados levantados, y dedujo que estaba disponiendo meticulosamente los componentes de su informe en los estantes y en los baúles de un enorme y sin

duda lujoso palacio de la memoria gótico.

Cuando terminaron —y centrarse en los detalles había permitido a Adam tranquilizarse mentalmente un poco y sentir algo parecido a la comodidad—, Adam se sintió lo bastante envalentonado para interrogar a Colegrave sobre el futuro al que no dejaba de aludir, esperando aprender algo sobre el trabajo de aquel hombre.

Colegrave se retorció en su sillón con placer.

—¡Ah! La gran epifanía, Dearden. Deja que empiece por aquí. ¿Estarías de acuerdo conmigo en que las principales sociedades de esta tierra están destrozadas? ¿Esas cosas que llamamos civilizaciones? ¿No son todas sistemas en quiebra y terribles?

—Es difícil rebatirlo —dijo Adam.

—Sí, lo es. Y por eso profesionales de nuestro sector empiezan a buscar una escapatoria. Abrirse paso entre los terrores actuales y llegar a un sitio donde las cosas empiecen a funcionar otra vez. Por eso muchos de nosotros volvemos al singularitarismo, la idea de que una masa crítica tecnológica produciría superinteligencias artificiales que podrían, en resumidas cuentas, arreglarlo todo. Esa idea en sí misma lleva a lo que se denomina situación unitaria: la totalidad del mundo bajo una única estructura de mando que es completamente inmune a cualquier forma de amenaza. La situación unitaria también se podría conseguir por medio de un gobierno humano global totalitario con métodos de vigilancia sin defectos y capacidad perfeccionada en el combate psicológico.

»¡Pero! —resplandeció Colegrave, levantando solo el filo de un dedo—. Dado que la inteligencia artificial y un gobierno mundial son extremadamente improbables, parece que estamos en un callejón sin salida, ¿no? Así que no hacemos nada. Somos futuristas. Miramos hacia delante. Aquí reside la revelación, Dearden. Tenemos casi exactamente algo así desde hace mucho tiempo. Desde los días en que nuestros mundos eran más pequeños y cruzarlos suponía el trabajo de una vida. Teníamos unidades de gobierno separadas que guiaban y controlaban nuestra vida con un poder absoluto. Hasta que nos volvimos locos, y la locura se deslizó entre las estructuras del mundo y nos condujo a nuestro actual impasse lunático. El futuro, Dearden, es de hecho un regreso a la monarquía feudal. Un gobierno puramente

jerárquico. Una recuperación de lo arcaico, basada en la irrefutable base de que la democracia lo convierte todo en mierda y que nuestro progresivo aumento de libertades ha carecido por completo de valor, por no decir que ha sido completamente tóxico para nuestra felicidad y bienestar. Necesitamos una Restauración.

—¿Una restauración de qué? Todavía hay monarquías.

—Espectros pálidos de lo que fueron. Mira. Monarquías y aristocracias funcionaron durante mucho, muchísimo tiempo. El peso de los testimonios históricos está con ellas, no con el proyecto de democracia o incluso del comunismo, que comete el mismo pecado al ser por definición un gobierno del «pueblo». Los últimos quinientos años constituyen un relato de terror en el que los malos de la historia arrebatan el poder a un sistema estable de gobierno con objeto de someter a la población mundial a un experimento de laboratorio sin plan ni límites. Una ciencia lamentable. ¿Puedes imaginar que nuestro actual modo de vida fuera tolerado en las ciudades-estado y reinos del pasado? Dios santo, no. El futuro inmediato es el resurgir de la historia profunda. Es algo muy hermoso.

Colegrave sonrió. Le sangraban las encías.

—En realidad yo tampoco quiero que los desconocidos me hagan preguntas engorrosas.

TERCERA PARTE



DESPUÉS DE TANTO tiempo atrapado en la microcasa con Colegrave, salir de la cápsula producía la sensación como de ser expulsado al espacio. Asher se había esfumado oportunamente, de modo que a Adam le habían dejado sin copiloto para regresar al complejo principal.

Adam no se encontraba muy bien. Tenía la sensación de que el prolongado interrogatorio de Colegrave le había consumido los depósitos de productos químicos y azúcares útiles del cuerpo. Eso había sido con frecuencia — reconoció para sí mismo— una experiencia entretenida, pero ahora sus depósitos estaban vacíos y necesitaba combustible o activarse en modo avión. Estar desplomado en un asiento, sin poder comunicarse ni mirar el rápido paso del mundo por una ventana, le parecía un buen plan.

Adam dio unos pasos alejándose de la microcasa y miró a su alrededor, tanto para confirmar su orientación como para apreciar el arbolado, que cada vez encontraba más hermoso. Incluidos los olores. Personalmente tendía a menospreciar la «naturaleza» considerándola en líneas generales algo así como raíces y filtraciones, incluso cuando hacía los ruidos y ponía las caras adecuadas ante los ecologistas e ingenieros climáticos. A lo mejor, pensó, allí todo era más limpio, y por eso podía apreciar con más facilidad las notas puras de los aromas del bosque. A lo mejor era de eso de lo que ellos estaban hablando, todo el tiempo.

Se quedó allí parado y se preguntó cómo sería vivir en Normal para siempre, igual que Colegrave. ¿Se sentiría como si estuviera atrapado? ¿O se sentiría como si estuviera libre? Había muchísimo espacio. Había un bosque. Había mucho silencio. La tranquilidad le infundía la sensación de estar en un enorme país nuevo que podría recorrer durante años sin encontrar nunca sus costas. Un silencio del tamaño del cielo. Si se quedaba allí bastante tiempo, al final le mandarían a Preinserción, y tendría una de aquellas sencillas e ingeniosas casas para vivir y trabajar. Habría internet, libros y música. Podría

pensar, y estar, y mantener el mundo a distancia para observarlo de la manera adecuada. Nada le volvería a hacer daño o a asustar. La microcasa de su propiedad podría ser su cueva de ermitaño. Podría ser un sabio de los bosques, hablar en susurros, sus palabras y pensamientos se convertirían a distancia, y en el mundo de más allá, en una acción espeluznante. Un mago secreto del futuro.

A Adam le gustó la idea. Le gustó que algo pudiera volver a gustarle. Encontró una antigua sonrisa en un bolsillo profundo y oscuro y se la puso. Inspiró a fondo el aire de la hilera de árboles. Apareció en él sudor humano, intenso y ácido.

Había una forma detrás de la hilera de árboles, justo al este de la casa de Colegrave.

Una india, descalza, con el pelo sujeto atrás por una enredadera recién arrancada del suelo. Tenía la piel manchada de musgo, y los pies embadurnados de barro. Llevaba un sostén deportivo que tal vez en su momento hubiera sido blanco y los pantalones, cortos hasta la rodilla, más feos del mundo. Clavó una mirada en él que decía que había visto el vacío y que no estaba nada impresionada por él.

Adam dibujó un patético saludo con la mano que lamentó haber trazado incluso cuando lo estaba haciendo.

—Somos Jasmin Bulat —dijo ella—. ¿Qué eres tú?

—Adam Dearden.

Ella ladeó la cabeza de un modo anormal que Adam recibió como un intento por parte de ella de ayudar a algo dentro de su cabeza para que le mirase con sus propios ojos.

—Conocemos ese nombre.

Adam se movió un poco, intentando tener una mejor visión de ella y de quien la acompañara.

No parecía que estuviese con nadie.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—No estamos seguros —dijo Bulat, quitándose un puñado de musgo del costado de sus pantalones cortos—. Vendrá a nosotros. ¿Por qué has estado hablando con Colegrave?

—¿Importa eso?

—Muchísimo —dijo ella, metiéndose el musgo en la boca y mascándolo pensativamente—. Colegrave está completamente loco. Ven con nosotros.

Adam recordó algo que había dicho Clough. Colegrave y Bulat. Adam hizo acopio de los vapores que quedaran en su depósito y decidió que, habiendo pasado ya por su experiencia con Colegrave, podría perfectamente completar la colección. La siguió y empezó a caminar hacia el interior del bosque.

—Colegrave nunca dejará Normal —dijo ella—. No por los motivos que te conté, claro. Dudamos de que a cualquiera con dos dedos de frente le asusten realmente sus enloquecidas fantasías políticas. Para ciertas cosas es muy listo, pero su modo de entender cómo funciona de verdad el mundo, o quizá solo su percepción de él, está irremediabilmente dañado. Es una pena. Y decimos «pena» en varios sentidos, porque también resulta completamente patético. Adam Dearden. Conocemos ese nombre.

Adam estaba disfrutando con el suave crujido del suelo del bosque bajo sus pies, aquellos pocos milímetros que avanzaba a cada paso.

—Nosotros —dijo Bulat— somos la unidad más antigua de Preinserción.

—Colegrave me dijo que el más veterano era él.

—Nosotros tenemos las calificaciones más altas en el mundo exterior. Además, Colegrave es de previsión estratégica, lo mismo que tú. Nosotros somos de predicción. Como lo fuiste tú una vez. Eso es una ventaja natural. De ahí que seamos la persona más antigua.

Adam consideró la posibilidad de que ir descalzo fuera un signo de categoría en Preinserción.

—Colegrave me dijo que en Preinserción no existen líneas divisorias.

Al momento siguiente, Adam se dio cuenta de que ella había recordado su nombre.

—Líneas divisorias existen en todas partes. ¿Sabe Colegrave que cruzaste el pasillo?

Le miró volviendo la cabeza por encima del hombro. A él no le apeteció mentir a la mujer con los ojos llameantes.

—Lo sabe —dijo Adam—, pero no conoce todos los detalles.

—Nosotros somos muy buenos en lo de almacenar recuerdos —dijo Bulat, golpeándose el estómago como para indicar que tenía una memoria especial

allí.

—¿Qué sabes de mí?

—Recordamos una o dos conferencias privadas sobre operaciones psicológicas de los Servicios de Inteligencia. Imaginamos que el asunto de anoche con ese Mansfield te resultó muy interesante, como les pasó a muchos de nuestro lado del pasillo.

Adam corrió para ponerse a su altura. Por algún motivo la mujer siempre se mantenía tres pasos por delante de él.

—¿Por qué no dejas de hablar en plural?

—Porque hay más de una entidad sabia dentro de esta piel, claro. ¿Es que eres idiota?

—No.

—Pensamos que podrías serlo. Pensamos que nunca has escuchado de verdad tus voces interiores. ¿Cómo puedes no haber oído nunca su llamada? Solo los idiotas son insensibles al auténtico sonido del cuerpo. Sus voces probablemente estén muertas de hambre, en cualquier caso. —Le miró de arriba abajo, críticamente—. No pasas mucho tiempo en la naturaleza.

—Puedo manejarme sin zapatos —dijo Adam—. Y a lo mejor ahora mismo me estoy armando un lío, pero no oigo voces dentro de la cabeza, ni estoy comiendo líquen.

Ella se detuvo, giró pegajosa sobre un talón y le encaró. Señaló su tripa otra vez.

—No dentro de tu cabeza. Aquí dentro. Eres como los demás. No puedes oír el bioma.

De pronto Adam supo exactamente por qué Jasmin Bulat estaba en Normal.

—Hablas en plural —dijo Adam— porque consideras tu microbiota intestinal una segunda persona que está en tu interior.

—El Buoylent nos sienta fatal. Tenemos que aumentar nuestra dieta en el bosque porque los materiales de esa mierda de laboratorio matan partes de nosotros. Y el bioma es realmente más, mucho más que una simple voz. ¿Y si te decimos que tu bioma te está hablando ahora?

Adam se limitó a sonreír, con la boca cerrada, para dar a entender que estaba tratando de ser educado.

Bulat paseó su mirada por el suelo del bosque y la detuvo encantada en una hormiga que trepaba por una hierba.

—La hormiga —dijo—. Especialmente propensa a una especie de hongo llamado *cordyceps*. Este crecerá dentro del cerebro de una hormiga. De hecho, hará que una hormiga escale una planta y se mantenga allí como un triunfante montañero diminuto hasta que muera. Después de su muerte, el hongo se expandirá, empujará y hará explotar la cabeza de la hormiga. Desde esa altura superior, el hongo puede enviar sus esporas a mucha mayor distancia que desde el suelo. El hongo habla a la hormiga. Lleva haciéndolo desde hace casi cincuenta millones de años. Y después, y durante los últimos quinientos años o más, el *cordyceps* se cosecha, procesa y se introduce en cuerpos humanos con propósitos medicinales y, más recientemente, mejora el rendimiento atlético. Una voz que nos hace trepar más deprisa.

—Eso no tiene mucho que ver con que asegures que las bacterias intestinales te hablan.

—Un noventa por ciento de este cuerpo son bacterias. Del tuyo también. El bioma intestinal está conectado directamente con el sistema nervioso entérico, que controla cien millones de neuronas directamente conectadas con el sistema nervioso central y responsables de la mayor parte del suministro de serotonina, el neurotransmisor que hace funcionar la memoria y el aprendizaje. Y todo eso está al mando del bioma. La tripa lo registra. La tripa sabe. ¿Instinto visceral? Nosotros lo entendimos. Nosotros siempre supimos que solo tenemos que escuchar al bioma.

Adam observó a la hormiga coronar la cresta de la hierba y empezar a bajar por el otro lado.

—Escucha a tu tripa, Adam Dearden. ¿Qué crees que pasó la noche pasada?

Adam miró a su alrededor, sobre todo para asegurarse de que aún sabía dónde estaba con relación al edificio principal, pero también con el fin de ganar tiempo para decidir qué decir. Para decidir hasta qué punto podía confiar en aquella mujer que había salido al bosque para tratar de convertirse en el mejor anfitrión de su flora intestinal.

—Creo que fue una gamberrada —dijo él—. O bien una operación psicológica.

—Dime cómo llegaste a esa conclusión.

—Para mí cualquier otra opción carece totalmente de sentido. Es demasiado... elaborado. Demasiado especializado. ¿Cien kilos de bichos cambiados por un hombre en plena noche? Eso es propio de pacientes seriamente aburridos que llevan mucho tiempo internados. O de una persona neurodivergente mal medicada. Es algo que podría hacer una persona loca. Entra dentro de lo posible, ¿verdad?

—¿O?

—O Normal está siendo objeto de una operación psicológica de los Servicios de Inteligencia enormemente desestabilizadora enfocado muy específicamente a la naturaleza y estado del público. Dependiendo de a lo que des importancia, es o bien una cosa absurda que deja clara la facilidad con que alguien puede sortear la seguridad de este lugar, o es una imagen alucinatoria destinada a hacer perder la cabeza a personas frágiles y paranoides. Aquí la cuestión es por qué. El único objetivo de una treta es divertir a los instigadores. Y fastidiar a algunos de sus compañeros internados, supongo. Una operación psicológica de ese tipo necesita un móvil. Alguien que obtuviera un beneficio de desestabilizar una casa de reposo llena de futuristas enfermos.

—«El público». Tú formas parte de él, ¿no?

Adam había patinado. «El público» era la fórmula que empleaban habitualmente los que trabajaban en operaciones psicológicas de los Servicios de Inteligencia para referirse a los testigos y objetivos de esas operaciones.

Ella le sonrió por primera vez.

—Tu secreto está seguro con nosotros. Acompáñanos un poco más. Teníamos un trato con los que se dedican a esas operaciones psicológicas, cuando estábamos fuera, pero en realidad no era nuestro campo concreto. Ah. Cuando estábamos fuera.

—Suenas a como si lo echaras de menos.

—¿Y eso te sorprende?

—Puede que un poco. A Colegrave es evidente que le gusta estar aquí.

—Creemos que te hemos mencionado que Colegrave está loco.

—No quiero ser desconsiderado, pero tú estás en Preinserción, y por el modo en que te comportas no parece que tengas gran prisa en marcharte.

Bulat volvió a sonreír, pero esta vez con mayor tristeza.

—La tenemos. Solo que no podemos. Esperamos poder hacerlo algún día. Pero, ya ves, la conexión entre el cerebro de nuestra cabeza y el cerebro de nuestras entrañas que nos ha costado tanto esfuerzo establecer todavía es imperfecta. El bioma también regula cosas como la ansiedad, ya ves, y cuanto más tráfico desviamos hacia la conexión, más alteraciones se producen en nuestro sistema como un efecto secundario.

—Te deprimas.

—Estamos deprimidos. Miramos dentro de nuestro propio abismo interior y solo vemos lucha y dolor, y apenas esperanzas de una solución perfecta de nuestro futuro. Justo como todos los que están aquí. A menudo los de Preinserción no somos tan diferentes. Para muchos de nosotros Preinserción es la única versión del mundo exterior con la que nos atrevemos a enfrentarnos. Si nos marchamos ahora, corremos el riesgo de no responder adecuadamente en situaciones que no sean seguras. ¿Has estado en Kazajistán?

—Di una conferencia en Astaná una vez —dijo Adam.

—Deberías haber viajado —dijo Bulat, en voz baja—. Nuestra madre es de Bombay, pero nuestro padre es kazajo, de Almaty. Los paisajes son increíbles. Estepa y pradera, montañas nevadas y cañones profundos, deltas y bosques. Los bosques de Oregón a veces nos recuerdan la taiga, un poquito. Todas las higueras. El Cosmódromo de Baikonur está en Kazajistán. Rusia alquila el terreno, pero si conoces a determinadas personas, puedes visitarla. Allí lanzaron al espacio a Yuri Gagarin. Todavía lo llaman «Plataforma de lanzamiento Gagarin». Valentina Tereshkova. La estación espacial Mir. Vimos cosas enviadas al espacio desde allí y creímos que ese espacio era el futuro. Hacia el final de nuestro tiempo en el mundo exterior estábamos intentando convencer a militares y estados de que construyeran vehículos espaciales con paredes gruesas y riqueza ecológica para proteger nuestro bioma intestinal. En caso contrario, el espacio era inútil. No podíamos mantener a nuestros socios con yogur probiótico y papilla nutritiva. No podemos ir al espacio y continuar oyendo nuestra voz interior. Estábamos atrapados en el mundo mucho antes de que nos trajeran a Normal. —Bulat parpadeó con fuerza unas cuantas veces y luego se limitó a decir, en voz baja

—: Deberías haber pasado más tiempo en el campo. —Respiró profundamente y de manera titubeante y añadió—: ¿Qué crees que pasará cuando lleguen aquí los investigadores?

—Creo —dijo Adam— que seré la primera persona a la que interroguen.

—Porque llegaste el día antes de que pasara. Colegrave lo debe de haber comentado.

—Lo hizo, pero no se tomó en serio la idea de que yo estuviera implicado. Dijo que era la persona más adecuada para iniciar una campaña con objeto de investigar los hechos por nuestra cuenta porque he trabajado en los dos lados.

—¿No sugirió Colegrave que podrías tener un motivo especial para querer resolver el problema tú mismo?

Adam le echó una nueva mirada. Estaba mucho más comprometida de lo que le había parecido en un primer momento, lo cual se debía sin duda más a su visión distorsionada de la mujer que a cualquier defecto de esta.

—No llegó tan lejos. Pero tú estás pensando que yo podría tener motivos que llevasen a los investigadores externos a interrogarme.

—Nosotros pensamos que tú podrías querer obtener un beneficio de lo que pasase después. También pensamos que Normal es nuestra casa para el futuro previsible y preferiríamos no formar parte del teatro del combate global. Si hay algún sitio en el mundo que no debiera ser otra trinchera de la permanente situación de guerra generalizada de bajo nivel, debería ser este.

—Yo no creo que este sitio tenga más derecho a la paz que, digamos, un hospital. Lo que es bastante.

—Esto es un hospital, aunque tenga un solo tipo de pacientes. Personas que han intentado mirar el futuro con objeto de intentar salvar el mundo y se han vuelto locas por ello. El peor tipo de locura, Adam Dearden. A todos nos ha vuelto locos el dolor.

La excusa típica de los futuristas dementes. Adam se esforzó mucho para evitar que su cara revelase lo que pensaba. Miraba arriba y a lo lejos porque no se fiaba de sí mismo y temía que al cruzar su mirada con la de Bulat se echase a reír y entonces se dio cuenta de que ella le había llevado de vuelta a la línea de árboles, a unos cincuenta metros del punto donde Adam había entrado en el bosque. Podía ver la entrada lateral al edificio principal.

—Ahí —dijo ella—. En casa otra vez. Nosotros vamos a volver al bosque

unas cuantas horas más para reabastecernos y escuchar el bioma de la madera. Tú deberías ir a trabajar. Antes de que vengan personas a hacerte preguntas que en realidad no quieres responder.

Jasmin Burlat volvió a adentrarse en la fresca y acogedora sombra del bosque, dejándole frente al cemento y el cristal.

ADAM CASI SE torció el tobillo al cruzar la puerta por evitar pisar ninguna cosa gruesa tipo bicho, lo que de paso le llevó a reconocer que no sabía casi nada sobre la naturaleza porque clasificaba a los insectos como «cosa gruesa tipo bicho». Algo que le dio motivo para preocuparse porque él era más como Colegrave que como Bulat, a la que encontró mucho más afectuosa y humana aunque creyera que mantenía una relación simbiótica con sus bacterias intestinales. Aunque fue un motivo añadido de preocupación el que aparentemente ambos hicieron un trabajo que procedía del mundo exterior y lo tenía como destinatario, y probablemente luego se plasmaba en acciones consumadas que podían afectar a la gente.

Un trabajo que ahora estaba interrumpido porque en Preinserción habían cortado la conexión con internet.

La idea hizo que se detuviera en el pasillo cuando se centró en ella. Se sentía tan confuso que no sabía si ya había captado la idea antes, pero ahora allí la tenía, tan clara como el bicho grueso que había estado a punto de matarle al despertar su deseo de no aplastar a bichos gruesos que no merecían ser aplastados.

¿Y si era una operación prevista para aislar a Normal y someterla a un mayor grado de escrutinio que el habitual? Era evidente que había un protocolo previsto para acontecimientos anómalos, y el director lo impuso. Decapitar Normal del cuerpo del mundo significaba que el trabajo ya no fluía desde Preinserción. Algo que se les habría ocurrido mucho antes a cerebros menos aturdidos que el suyo. Lo que en parte se debía, tuvo que reconocer Adam, a que estaba más preocupado por tener que responder preguntas formuladas por completos desconocidos con competencia para investigar, preguntas y respuestas que no quedarían sujetas al acuerdo de confidencialidad entre médico y paciente.

—Joder —dijo, y se sentó en mitad del pasillo llevándose las manos a la cabeza.

Dickson apareció saliendo de la nada como el elfo más mierdoso del mundo, sudando, con ojos enrojecidos y salientes y rechinando los dientes como si estuviera tratando de roer la vía de un tren.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Adam alzó la vista hacia Dickson con lágrimas en los ojos.

—¿Podría comer? Comer es una cosa que solía hacer. La verdad es que me gustaría comer.

EN EL PATIO de nuevo, la mano amistosa de Dickson en el antebrazo de Adam le guiaba entre las mesas y le sujetaba cuando sus rodillas amenazaban con doblarse. Lela le distinguió y se levantó de su mesa, lo mismo que hizo Clough. Adam vio suspirar a Lela y luego arrastrar su silla de mala gana, preparándose para apuntarse algún tanto más en sociabilidad con el fin de ser trasladada a Preinserción. La mesa de Clough estaba cerca de la separación entre la gente de previsión estratégica y la de predicción estratégica. Adam indicó a Dickson que deberían dirigirse hacia Clough. Lela les vio cambiar de dirección y les siguió.

Clough extendió una mano como una gran pala.

—¿Todo bien, colega?

Adam agarró la muñeca de Clough y miró hacia el otro lado. Vio una mesa en la que solo estaba sentada una persona.

—Llévame allí, Dickson. Clough también viene.

—Muy bien —dijo Dickson, dubitativo. Adam volvió la cabeza para mirar a Lela—. Vamos —dijo.

—Eso —dijo Clough.

—Haz lo que digo o el DVD de *Danger Mouse* es historia —dijo Adam.

—Eres un desalmado hijo de puta cabrón.

Cruzaron el pasillo desde previsión estratégica hasta predicción estratégica.

Todo el espacio quedó en un silencio mortal.

Centenares de ojos clavados en ellos cuando se desplazaban hacia la mesa

ocupada por una sola persona. Adam se sentó enfrente de esa persona y miró con firmeza a Clough. Este se derrumbó en la silla como un moribundo soltando el último suspiro y desplomándose en su propio ataúd. Lela se detuvo a unos metros.

Adam clavó su mirada en Dickson y dijo:

—Gracias. ¿Hay algo que se me permita comer? La verdad es que me gustaría comer algo, si se puede.

—Claro que se puede, señor Dearden. Iré a comprobarlo y veré qué le puedo encontrar. ¿Estará bien aquí?

—Estoy perfectamente —dijo Adam. Dickson tenía el aspecto de un hombre que ve a un loco meando en una pila bautismal y es incapaz de intervenir. Movi6 la cabeza y se marchó con un trote anfetamínico.

La persona que estaba frente a Adam era un hombre de ojos legañosos con un gorro de lana con pompón y considerables orejeras. Agarró una taza humeante de lo que parecía y olía a zumo de bayas con unas manos enfundadas en unos guantes de thinsulate y mitones de punto cuyas puntas estaban dobladas hacia atrás para que pudiera usar los dedos. Había tantas capas de prendas de punto abrigando a aquel hombre que Adam no pudo calcular con facilidad su tamaño real.

Adam dejó de lado todo lo que pensaba soltar y solo dijo:

—¿Estás bien?

—¿Tengo buen aspecto? —Cierto soniquete jamaicano en su acento.

—Bueno... no del todo. Es que no hace tanto frío.

—Un negro no puede vivir así. Está demasiado al norte. ¿Sabías que solo hay nueve negros en Canadá? Los conté.

—Creo que te inventas el número.

—Es un número inventado, pero los conté, así que es cierto. Estás en el lado del pasillo que no te corresponde, criatura gilipollas pálida como el hielo.

—Me llamo Adam Dearden.

—Sé que los de tu ralea tienen nombre. No pregunto para saber cuáles son. Jodido mutante color nieve.

Adam iba a hablar pero se tragó las palabras, miró a Clough y se tomó un momento para replantear su acercamiento.

—Muy bien —continuó—. ¿Qué crees que le pasó a ese tipo, Mansfield, y qué vas a hacer al respecto?

—Hijo —dijo el hombre del gorro—, vienes del lado incorrecto del pasillo, de modo que no te puedo oír. Vuelve a tu condado y deja en paz a los adultos.

—Eso está, como mucho, a cincuenta y cinco grados de aquí. Sé de qué lado del jodido pasillo vengo. ¿Qué tal si te dejas de niñerías y me dices de qué tienes miedo?

Las cejas del hombre subieron hasta ocultarse bajo el gorro.

—¿Miedo?

—Estás sentado aquí agarrando una bebida caliente y todo encorvado como si creyeras que el coco va a aparecer de la nada y cortarte los huevos. Estás sentado aquí en un silencio aterrador —continuó Adam, levantando la voz—, preocupado de la hostia porque va a venir gente a hacerte preguntas complicadas. O porque va a venir gente y te va a llevar durante la noche. O estás cabreado porque alguien de algún sitio solo quería entrar para que te cagaras de miedo y hacerte saber que sabe quién eres y dónde estás. ¿Me voy acercando a la verdad, Nanook del jodido Norte? ¿Qué pasa con lo tuyo?

El hombre del gorro retiró su mano derecha de lo que bebía y señaló con un dedo tembloroso a Adam, y el capuchón del mitón se agitó cómicamente debajo de él.

—Mi nombre, jodido imbécil de las cavernas del norte, es Darnel Booth, y esto no está en ningún sitio a cincuenta y cinco grados, y tu increíble falta de modales solo es perdonable porque tengo en cuenta que no vienes de una parte del mundo civilizada que en realidad esté destinada a albergar vida humana.

—¿Tú eres Darnel Booth? ¿Qué coño te pasó?

—Oye. Tú tampoco pareces un atleta olímpico, y los dos estamos en Normal, ¿así que qué tal un poco más de respeto?

—Darnel Booth. —Adam se volvió hacia Clough—. *Darnel Booth. Negación de planificación de escenarios de riesgo.*

—Nunca vi esa película —dijo Clough.

—No era una... Dios santo. Creía que trabajabas en previsiones económicas.

—Bueno, eso hago, pero ya te conté. Por lo general me ocupo de banqueros y políticos borrachos.

—No hagas eso —murmuró Darnel.

—*Negación del riesgo* —continuó Adam—. El primer estudio moderno para reconocer problemas en coyunturas distintas a la guerra nuclear y que destruirán toda traza de civilización humana como si nunca hubiéramos estado aquí. Fue algo revolucionario.

—¿Y tú le estás preguntando qué le pasó? —se rio Clough.

—Sí —dijo Adam—. Exacto.

—No estoy deprimido —dijo Darnel, con las manos otra vez alrededor de su bebida caliente—. Solo llegué a una conclusión natural. Deberíamos habernos quedado en África. Fue el ambiente en el que evolucionamos. Hablando técnicamente, es la única parte inhabitable del mundo. La única posibilidad de que sobrevivamos en el futuro consiste en fortalecer la cuna de la humanidad y en ahuyentar a tus caminantes fantasmas con armamento pesado. Estoy de acuerdo con los indios y los chinos. Pero ellos no pueden participar. El único error que cometí fue escribir ese trabajo.

—No has publicado nada desde hace tres años —dijo Adam.

—Estaba asesorando a la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa. Probablemente mandárselo a ellos fue un error. Nunca lo soltaron. Protesté. Podría hacer daño a algunas personas. Podría haber trabajado en marcha. Posiblemente una bomba pequeña. Así que aquí estoy.

Darnel Booth cruzó la vista con Adam, solo una vez.

—Puede que una miradita al abismo —dijo Darnel.

UNA MUJER NÓRDICA rubia, de uno ochenta de estatura y quizá cuarentona, se acercó al borde de la mesa.

—Tú eres el hombre del Modelo Rebajado.

A Adam se le encogió el estómago.

—Lo eres. Te recuerdo. La conferencia del Espacio Aéreo no Tripulado, en Washington. Me acosté con tu amigo de Kolkata. No resultas más atractivo después de tantos años.

—Nanfrid Skoglund —dijo Adam.

—¡Te acuerdas!

—No es un nombre fácil de olvidar —dijo Adam.

—Eres el hombre del Modelo Rebajado. ¿Tienes la dirección de correo electrónico de tu amigo de Kolkata?

—Lo siento.

Nanfrid se volvió a dirigir a las personas de la mesa de al lado.

—¡Este es el tipo del Modelo Rebajado! ¿Os acordáis de eso? Todavía tiene una cara graciosa.

—¿Tengo una cara graciosa? —preguntó Adam a Clough.

—Estos días, para ser sincero, todo el mundo me parece un poco cubista —dijo Clough—. No estoy seguro de dónde debería estar tu nariz.

—Pensé que te había visto —dijo una mujer más baja y mucho más delgada, levantándose muy tiesa de la otra mesa—. Adam, ¿verdad? Expusiste un montón de teorías sobre el combate en FortStrat aquel día. El Modelo Rebajado y otras cosas. Lo de rebajado era una cosa tremenda.

Una voz calmada detrás de Adam dijo:

—¿Qué es eso de Rebajado? —Era Lela, que se había quedado de pie fuera del campo de visión de Adam durante todo el tiempo que él permaneció sentado. Adam creía que se había desentendido y retirado al otro lado del patio.

—Modelo Rebajado. Exacto. Yo soy Morelia, por cierto. Morelia Gorski. Encantada de verte. Encantada de verte a ti también. Y a ti. Ya te conocía, Darnel, no me mires así. Fue de las primeras veces que abordamos seriamente el tema de los drones como armas de combate, ¿verdad? Teníamos algo así como drones Predadores y drones Exterminadores, y cosas de ese tipo, y los clientes, políticos y militares, nos presionaban todo lo que podían para que consiguiéramos soluciones con drones urbanos. Pero tú no podías soportar la idea de drones Predadores sobrevolando una ciudad, especialmente una ciudad occidental vertical, ¿sabes?

—¿Y tú por qué querías hacerlo? —preguntó Lela.

—Bueno —Morelia se encogió de hombros—. Control de las masas. Gestión de disturbios. Actividades disturbadoras. Cosas así. En cualquier caso, a todos nos presionaban para que les encontrásemos aplicaciones

urbanas a aquellos drones tan ruidosos. Y, recuerda, aquellas cosas tenían nueve metros de largo y alas de una envergadura de quince metros. No les gusta que hagas volar el pequeño cuatrirrotor que compraste en Amazon para tu cumpleaños, pero no puedes colgar catorce misiles en un cuatrirrotor. Y aquí, Adam, tuvo una visión con años de adelanto. Adam, ¿ya has visto a alguien iniciar un Kickstart para microdrones que se pueda lanzar desde la muñeca como a aves de presa?

—No —mintió Adan.

—Ya se ve, eso era cosa de Adam. Aves de presa. Aves de presa, que describen círculos en torno a su objetivo, desde muy arriba, y cuando están preparadas caen a gran velocidad para alcanzar su objetivo con total precisión. Y a eso se le llama rebajado, ¿entendéis? Adam comprendió que no se necesitaban drones grandes y ruidosos. Solo se necesita una muy nutrida escuadrilla de pequeños microdrones construidos en torno a cargas explosivas. Así, digamos que estás tratando de controlar un disturbio que tiene una docena de cabecillas. Podías matar solamente a esas doce personas sin hacer daño a nadie más. Golpearles en la cabeza con un microdrón que cargara con explosivo suficiente para hacerles estallar el cerebro. La decapitación Modelo Rebajado al ataque. Era brillante, de verdad. El único problema era guiarlos con efectividad, porque necesitas una visión de grano fino del teatro de operaciones y montones y montones de tomas en directo y procesamiento en tiempo real. Pero la teoría los condujo a todos a tomar un rumbo completamente distinto. Brillante, tío. Brillante.

Adam podía notar los ojos de Lela perforándole la nuca como si en ella exhibiese el tatuaje de una esvástica.

—Y ahora —continuó despreocupadamente Morelia—, como digo yo, la gente está diseñando drones que se lancen desde la muñeca. Igual que un halconero soltando un ave desde su guante. Tú viste el futuro, tío. Eres uno de los pocos que lo hizo, ¿sabes? Viste el futuro manufacturado tal y como es ahora.

Darnel alzó el puño hacia Adam como para golpearle y entonó sombríamente:

—Valiente mierda, tío. Eso fue una valiente mierda.

Adam chocó su puño con el de Darnel y oyó arrugarse el thinsulate.

Darnel apartó la mano lentamente y extendió los dedos. Un choque de puños explosivo.

—El hombre misil de ojos de acero —dijo.

—¿Estás seguro de que no tienes la dirección del correo electrónico de tu amigo? —dijo Nanfrid—. Tenía un pene muy raro, y eso contribuyó a que me gustaran más las mujeres, pero de vez en cuando me gusta probar. Además él podría hacer un estudio médico muy interesante cuando me dejen salir. No se lo digas a nadie, por favor. Mis estudios médicos son la razón de que esté aquí. Tu genética debe de ser espantosa. ¿A tu madre le gustaban los zoológicos más de lo normal cuando eras niño? ¿Pasaba mucho tiempo en ellos sola?

—Deberías perdonar a Nanfrid —dijo Morelia—. Probablemente debería estar en la cárcel.

Clough estaba mirando a Adam fríamente.

—¿Así que tu trabajo consistía en estudiar cómo conseguir que reventaran las cabezas de los que protestaban? Hay que joderse.

—Y era tremendo. Sobre el papel, me refiero —dijo Morelia.

—Morry —dijo tranquilamente Darnel, considerando el resto de zumo de su taza—. Ha cruzado desde el otro lado del pasillo.

—Oh, guau —dijo Morelia—. De modo que es de allí de donde vienes. ¿Te ha dado un ataque de sentimentalismo y has cruzado al otro lado?

—Yo no lo plantearía en absoluto de ese modo —murmuró Adam.

—Está bien, Adam. No todo el mundo está hecho para tener un trabajo de verdad y defender el futuro de las fuerzas de la oscuridad.

—Oye, que te den por culo —dijo Lela.

Con mucha moderación, Morelia respondió con un sencillo:

—Que te den por culo a ti. Me está dando la impresión de que también eres del país de los buenos e ingenuos.

—Soy del país donde se ayuda a hacer segura la vida en una ciudad donde no te maten mientras que tú estás segura sentada en la habitación de una ciudad inventando maneras de matar a gente.

—Eso es tremendamente agradable. Tú te diviertes con eso mientras yo trabajo en equipo para mantener la seguridad del agua con el fin de que tú no tengas que beber de acequias mientras dibujas tus mapitas.

Darnel vació su taza con los ojos cuidadosamente cerrados como si estuviera a kilómetros de distancia en un terreno pacífico.

—Mis mapas reflejan cómo llega el agua limpia a tu búnker de muerte y llevan haciéndolo desde que la gente de las ciudades empezó a pensar en cómo la gente...

Clough volvió a la vida.

—Ninguno de vosotros sabe una mierda sobre la mierda. El dinero. El dinero es lo que paga para que todos estemos aquí. El dinero dirige tu vida, y la tuya —dijo, señalando a Morelia y a Lela una detrás de otra—, y todas las demás jodidas cosas. Todos nosotros somos unos jodidos monos avariciosos jugando con barro y huesos a la sombra del dinero. El dinero es lo que explica que hagamos esto. Vosotras dos estáis equivocadas y deberíais cerrar la boca. A mí me mantienen aquí como rehén por el único valor que ahora importa aquí, que es *Danger Mouse*.

Un hombre corpulento que llevaba puestas tres camisetas, cada una de las cuales era de una talla diferente de la suya, intervino en la conversación, golpeando la mesa. Tenía problemas para mover las piernas y su piel estaba llena de venas rotas.

—El dinero no es nuestro dueño. Lo único que lo será es la potente inteligencia artificial. El dinero es solo su causa. De eso es de lo que os deberíais preocupar. Idiotas con todo el dinero del mundo lo invierten en construir una cosa solo porque pueden. Me llamo Gaige. Podría estrechar las manos, pero temo a la contaminación nanotecnológica. Prefiero mantener una distancia, como veis.

—No existe nada como la «contaminación nanotecnológica» —apuntó Darnel con voz suave.

—Y tú lo sabes todo, ¿verdad? —preguntó Gaige—. ¿Sabes concretamente lo que es ser desarrollado y probado por programas secretos y laboratorios encubiertos de todo el mundo?

Unas cuantas personas más se pusieron alrededor de la mesa.

—En cierto modo yo inventé el final del mundo moderno, colega —exclamó Darnel.

—No, no lo inventaste —dijo Clough—. El dinero. Fuera quien fuese el animal prehistórico que inventó el dinero inventó el fin del mundo. Los

únicos que entendieron lo que pasaba fueron los romanos. Sabían que creamos una cosa parecida a un dios, y le dieron nombre y le erigieron un jodido templo. Juno Moneta, colega. «Moneta» de *moneres*, que en latín es puta advertencia. Lo dijeron ellos.

—Nos estamos apartando del asunto que quería tratar aquí —dijo Adam. Pero Clough parecía haber encontrado un púlpito de plástico allí en la mesa.

—El dinero —declamó Clough— es el oscuro dios desconocido que nos conduce hacia una jodida catástrofe. Una cosa gigante e informe de más allá del espacio con un millón de genitales. Es esa cosa que no deberías mirar directamente en las películas de terror si no quieres volverte loco y todas esas gilipolleces. Está aplastando al mundo y dándole formas nuevas y lo único que queremos hacer es tomar su oscura leche porque esa es la esencia de su espantosa jodida magia. Es la razón de la que estemos todos aquí. Y lo que le haya pasado a Mansfield tiene que ver con dinero. Y todas las cosas que vengan a preguntar estarán relacionadas con el dinero. ¿Quién saca provecho de lo que ocurrió la noche pasada? ¿Y por qué no os importa?

Se alzaron voces en señal de desacuerdo.

—Bien, joder, si todos estáis tan terriblemente preocupados —se rió Clough—, ¿por qué no habláis de ello?

Estallaron discusiones en el patio como fuegos artificiales.

Clough dio un golpecito a Adam en el hombro.

—En resumen, colega. Tráeme mi *Danger Mouse* y todo quedará perdonado y olvidado. *Danger Mouse* es el único dios que tengo ahora.

Adam miró alrededor. Lenta, constantemente, la línea entre los dos lados estaba quedando difuminada gracias a una vibrante conversación. En algunas zonas, debate apasionado. En otras, discusión seria en voz baja con personas que describían formas y puntos de vista sobre el tablero de las mesas con los dedos.

Incluso en su propia mesa, afirmaciones excitadas y manifestaciones demenciales se convertían en investigaciones periciales sobre a quién beneficiaba en realidad hacer desaparecer a un hombre. Estaban comprometidos. No, advirtió Adam, comprometidos con las texturas dolorosas de lo real, el mundo exterior, sino con el más pequeño, más manejable mundo de Normal.

Adam fue consciente de que había algo junto a su codo. Sacudió el brazo, obrando instintivamente como si Dickson estuviese detrás de él tocando aquel hombro para sacarle de allí. No había terminado, y no iba a ninguna parte. Pero Dickson no estaba allí. Aquel mínimo peso, aquella sensación de una presencia, era la de uno de aquellos bichos gordos. Un gorgojo o una cucaracha o como coño se llamen. El rechoncho y pequeño hijoputa había trepado desde la silla hasta su codo. Adam agitó el brazo, tratando de quitárselo, pero estaba colgado. La cosa resultaba demasiado asquerosa para tocarla. Adam recordó, absurdamente, que ningún ser humano sano había tocado nunca su codo derecho con su mano derecha. Aquello estaba avanzando deprisa por su antebrazo, y el problema, reconoció Adam, era que no quería tocar aquella maldita cosa directamente con los dedos.

Reunió el absurdo valor de desprenderla. La tiró sobre la mesa, agarró la taza vacía de Darnel y la usó como ariete para aplastar aquella molestia en movimiento. Hizo un crac sorprendentemente satisfactorio.

Todos los que estaban en la mesa le miraron fijamente, y Adam comprendió que seguramente había vocalizado algo como un «Ja», inmerso como estaba en cierto modo en un ambiente de gladiadores.

—¿Qué? —dijo Adam—. Me he pasado todo el día esquivando a estos jodidos bichos, gorgojos y cucarachas. No es que estemos en un templo budista. Soy un predador en acción situado en la cima de la cadena alimentaria y esto es un jodido insecto que me estaba fastidiando. Tengo otras muchas cosas entre manos como para sentir culpabilidad por ello, así que dejad de mirarme así.

Adam bajó la vista hacia el bicho aplastado.

—Ay, joder—dijo.

CUARTA PARTE



—BIEN, QUIERES MIRAR eso —dijo Darnel.

El gordezuelo insecto estaba despedazado. Pero no estaba despedazado del modo en que lo estaría un insecto gordezuelo. Estaba roto y destrozado como lo estaría un teléfono móvil que se hubiera caído. Su caparazón se había estrellado como el cristal de un parabrisas alrededor de la fractura. No había nada húmedo en su interior. Nada orgánico.

Adam estaba mirando cables. Cables y diminutos dispositivos electrónicos y mecánicos. Antenas de radio. Micrófonos de tamaño reducido. Algo que podría ser una tarjeta de memoria. Un racimo de restos de procesadores. Polvo de glassine que quizás había pertenecido a una lente. Estaba mirando un dispositivo en forma de insecto gordezuelo.

Lela se inclinó sobre el hombro de Darnel.

—Dios santo, hay que joderse. ¿De dónde vino esto? Parecen diminutos, muy diminutos sistemas KERS.

—No sé lo que es eso —dijo Darnel—, pero estoy bastante seguro de que esto de aquí es un micrófono.

—KERS. *Kinetic energy recovery system*. Dispositivos que recuperan la energía cinética. Hemos estado probando todo tipo de versiones en ciudades para generar electricidad por medio de la gente que camina por las aceras. Esta solo es una versión totalmente miniaturizada, se puede saber por ese armazón. Esta cosa produce su propia energía al caminar. Es decir, al final se descarga, pero podrían pasar meses antes de tener que enchufarla a algo.

—No estaba buscando el puerto del USB en esta cosa.

Adam se echó hacia atrás en su silla y recorrió sus recuerdos recientes. Insecto en el vestíbulo. Insecto en el zócalo. Araña en la consulta de la doctora Murgu. Araña en la consulta de la doctora Murgu que no tejía una tela en la esquina. No había telarañas en ninguna parte. Solo la araña.

Una masa de insectos agitándose sobre la cama de Mansfield. Y ni rostro

de Mansfield.

La marea de adrenalina casi le cegó.

Adam se puso de pie y paseó rápidamente la vista alrededor. El dueño de un frasco de Buoylent abierto recientemente en una mesa cercana se estiraba por él. Adam se abalanzó, se lo quitó y lo terminó de un trago. Jadeando, ignorando las quejas, dio tumbos hacia la mesa siguiente, encontró un frasco sin abrir e hizo lo mismo. Si el Bouylent estaba realmente reforzado con estabilizadores del estado de ánimo, su organismo iba a necesitar todos los que pudiera conseguir.

Se subió a la mesa. A ambos lados del patio las miradas se posaron en él.

—Nosotros —dijo, con la voz más potente y firme que pudo— vamos a tener que encontrar cada insecto, bicho e hijoputa que se arrastre por este lugar y aplastarlo. Si queréis saber por qué, mirad aquí. Lela Charron y Daniel Booth, cada uno de un lado del pasillo, están mirando ahora mismo un insecto que he reventado. Tenía micrófonos dentro. Apuesto lo que queráis a que también tenía una radio. Es un dispositivo de escucha. Y podría haber más. Muchísimos más. Como un par de centenares de kilos más. Necesitamos encontrarlos a todos, ahora mismo, antes de que lleguen los investigadores. Todo lo que hayáis dicho durante las últimas veinticuatro horas está dentro de esas cosas. Vigilancia total en un recinto que se suponía que estaba libre de toda vigilancia. Si no los encontráis, entonces todo lo que hayáis dicho y hecho desde ahora hasta que os marchéis va a ser grabado y enviado a personas que no conocemos. Ya no importa en qué lado del pasillo estéis. Sé perfectamente bien, joder, que las circunstancias no son del agrado de ninguno de vosotros.

Tomó aliento y luego dijo:

—No estáis locos si de verdad hay insectos robot escuchando cada palabra que digáis.

Alguien dijo:

—Te lo dije yo, joder.

Las personas dispersas por el patio empezaron a levantarse y a buscar por el suelo. Adam oyó un golpe: un zapato en la mano cuyo tacón se descargaba sobre algo. Frenética actividad humana, personas que se encorvaban y agachaban. Y luego un grito:

—¡La madre que lo parió!

Así fue. Todo el mundo se había levantado y estaba a la caza. La gente se quitaba los zapatos para usarlos como armas, y frascos llenos de agua y de Buoylent se blandían como porras. Un enjambre de académicos muy molestos daba rienda suelta a la declaración de guerra al mundo natural. Se oían gritos, tacos, una cascada de sonidos de golpes, algunas estridentes conversaciones apresuradas, incluso algunos lloros, pero a Adam le pareció, al contemplar lo que había conseguido, que el sonido más fuerte era el de la risa.

—¡Mierda! —Una voz de mujer se impuso al ruido—. ¡Este era de verdad! Tengo tripas de bicho en el ojo.

Las risas se hicieron todavía más sonoras.

Adam se bajó de la mesa, pues había distinguido un objeto del tamaño de una cucaracha corriendo a esconderse debajo de ella. Se quitó un zapato, se puso a cuatro patas y corrió detrás del objeto, despachándolo con un rápido golpe del tacón. Se partió y dejó de moverse. Adam lo recogió, se apartó de la mesa y salió del patio a toda velocidad.

Se dijo que tenía que actuar con rapidez. No iba a mantenerse firme para siempre. Una serie de recuerdos y deducciones estaban arañando los bordes de su visión, y monstruos del otro lado de la pared intentaban interponerse en su marcha.

En el pasillo casi chocó con Dickson, que traía una bandeja con un plato de ensalada cubierta por un plástico.

—Decidimos que esto era lo que debía comer. Tuvimos que hablar con los nutricionistas y su médica.

—Volveré enseguida. Muchas gracias. Lo agradezco de verdad. Ahora esto está un poco enloquecido, pero no es preocupante, volveré pronto para explicártelo. Gracias.

Adam siguió en marcha. Bajó por los pasillos, salió por la puerta lateral, cruzó la hierba, pasó sobre las losas. Asher estaba de pie, de espaldas a la puerta de Colegrave, y se masturbaba distraídamente, mirando con ojos inexpresivos la hierba. Solo salió de su aturdimiento cuando Adam estuvo a tres metros de él, y ni aun así disimuló lo que hacía.

—Lo siento —dijo—. Es un alivio para el estrés, ya sabes. Me ayuda a

pensar. En otro tiempo fui muy importante. Pero pasado un tiempo, nadie podía soportar mi planteamiento sobre las cosas. Probablemente no sea una historia extraña aquí, ¿verdad?

—Tengo que hablar con Colegrave.

—Colegrave está en comunión con la *tenebris anima*.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—El viento oscuro, Adam Dearden. El ímpetu sombrío de la historia profunda que hace de vigía de sus ojos y le dice qué hacer. Podría estar desnudo, así que prepárate. Nos hemos enterado.

Solo en aquel momento pareció que Asher se daba cuenta de lo que hacía. Bajó la vista.

—¡Huy! Mejor vuelvo a guardar el asherino, ¿eh? Jaja.

Adam se lo quitó de delante con el hombro y abrió la puerta de la casa de Colegrave.

Este se encontraba, de hecho, simplemente reclinado en su sillón mirando al techo.

—Colegrave. Sé lo que está pasando.

—Eso sería muy preocupante, Dearden. ¿Estás seguro?

Adam le enseñó el dispositivo aplastado que tenía en la mano.

Colegrave lo estudió desde distintos ángulos antes de agarrar aquello con la yema de los dedos. Los ojos se le estrecharon cuando examinó el interior de su carcasa rota lo mejor que pudo.

—Grabadoras de audio —murmuró—. Y esa placa plana negra de debajo parece un tipo de unidad integrada en estado sólido. Calculo que es capaz de almacenar por encima de sesenta y cuatro gigas de audio. Para esos momentos en que... ah, sí, aquí está... en que no se puede usar esta pequeña antena wifi para transmitir lo que se oye a una unidad central o, quizá, a un teléfono móvil. Eso puede limitarse a grabar y luego se descarga en la unidad cuando recibe una señal. Fascinante.

—Esto —dijo Adam— es un fragmento del señor Mansfield. Hay un montón de ellos. La mayoría de los pacientes está ahora mismo aplastando insectos en la zona del patio. ¿Me entiendes, Colegrave?

Colegrave cruzó su mirada con la de Adam.

—Creo que sí. Me gustaría conocer la identidad de los investigadores que

vienen hacia aquí, y al servicio de quién están. Las numerosas entidades que se ocupan del trabajo de investigación de Normal tendrán un indudable interés en estos acontecimientos. Exigiré que nos sean devueltos nuestros privilegios de acceso a internet.

—Si las conexiones con internet se restablecen, ¿no corremos el riesgo de que estas cosas se conecten de algún modo a la red?

—Esa es la cuestión. Quiero saber quién está detrás de este abuso. Con todos los de Preinserción trabajando con sus ordenadores, podemos esperar el momento en que alguno de los dispositivos que queden se conecte al sistema y llame a la central. Podemos ocuparnos de la seguridad de la conexión. Seguiremos su solicitud de conexión y la dirección que están intentando alcanzar y suprimiremos toda la información que transmiten... Dejamos que el sobre con la dirección siga su curso pero nos quedamos con la carta para descubrir así con quién están intentando hablar. Para que esto funcione, sin embargo, el director tiene que darnos acceso al sistema postal. Tiene que restablecer el acceso a internet en Preinserción.

Adam dejó el dispositivo destrozado en la mano de Colegrave y se marchó.

Asher todavía estaba fuera, con las manos en los bolsillos y aspecto desconsolado.

—Tengo pequeñas recaídas —dijo, sin mirar a la cara de Adam—. Ya no estoy loco. Solo tengo pequeñas recaídas. El estrés. Lo ocurrido hoy. Es simplemente demasiado y yo no puedo hacer nada.

Adam tuvo la sensación de que estaba mirando al auténtico Asher. El tono de farsante, la sonrisa torcida, el aire desagradable en general del hombre habían desaparecido, y lo que quedaba era un tipo lo bastante inteligente para estar asustado y saber que su enfermedad había anulado los recursos para lidiar con ella.

El ritmo del corazón de Adam empezaba a acelerarse. Sabía que se estaba quedando sin tiempo. Sabía que no debería desperdiciar momentos importantes en algo que Asher probablemente no recordaría mañana.

Se dio la vuelta. Vio a Bulat parada en la hilera de árboles, a la sombra.

Bulat le saludó con la cabeza, solo una vez, y luego se internó en el bosque.

—¿Está bien, Ben? —dijo Adam—. ¿Ben Asher?

—Sí —susurró Asher—. Sí, lo estaba.

—Voy a necesitar tu ayuda para lo siguiente, Ben. No puedo hacer lo que hay que hacer sin un buen hombre de Preinserción.

—Hace mucho tiempo que no soy un buen hombre —dijo Asher—. Trabajaba en geoingeniería teórica. Intentaba salvar el mundo del cambio climático. Ser un buen hombre no importa un carajo.

—Hoy importará —dijo Adam, poniendo cara de sinceridad y con las cejas haciendo un gesto de simpatía.

La cara de Asher adoptó una expresión que no era muy distinta a la de un niño solitario al que le dicen que Papá Noel en realidad no había muerto estrangulado en un callejón de Nueva Orleans.

EN EL PATIO se estaban formando montones de insectos-dispositivos encima de las mesas. Siendo quienes eran aquellas personas, los montones estaban separados respetando la taxonomía: arañas falsas aquí, piojos falsos allí, cucarachas falsas allá. Dickson y otros cinco celadores estaban alrededor, saltando sobre los montones a sus pies y con aspecto nervioso.

—Me he comido tu almuerzo —dijo Lela, acercándose a Adam—. ¿Dónde has estado?

—Hablando con Colegrave.

—Ay, Dios mío. Has estado en Preinserción. Ya.

—Solo de visita. Y deja que ahora te diga que estás suficientemente sana como para ir a Preinserción. De hecho, aquí, Ben Asher, va a apoyarte ante Colegrave, usando mi nombre. ¿No es así, Ben?

—Absolutamente —dijo Asher, extendiendo una mano y mirando a Adam en busca de aprobación. Adam echó una ojeada a la mano de Ben, luego le miró a los ojos y negó rápidamente con la cabeza.

—Oh —dijo Asher—. Bien. De todos modos. Sí. Ben Asher.

—Lela Charron —dijo ella, percibiendo el rápido intercambio silencioso y escondiendo las manos detrás de la espalda.

—Darnel —llamó Adam—. ¿Tienes un momento?

Darnel, que había estado contemplando uno de los montones desde lejos,

se acercó corriendo envuelto en sus propios brazos frente al supuesto frío.

—¿Qué pasa?

—Quiero tres representantes para el siguiente paso —dijo Adam, y los reunió a todos como a patos perdidos bajo sus alas, conduciéndolos hacia Dickson y los otros miembros del personal.

—Dickson —dijo Adam—. Necesitamos ver al director ahora mismo.

—Eso no va a ser posible hoy, señor Dearden —dijo Dickson—. Lo siento de verdad. Pero usted no es el primero que quiere hablar con él hoy. Lo único que necesitan todos es mantener la calma hasta que llegue ayuda.

—El hecho de que llegue ayuda podría ser el problema real. Lo único que nos están diciendo es que van a venir «investigadores». A algunos eso nos plantea problemas. Bueno, eso y lo que tienes ante tus ojos.

—Nadie nos quiere decir qué están haciendo aquí todos ustedes. Parece que todos le han declarado la guerra al reino de los insectos.

—Tenemos que hablar con el director. Necesitamos que conecten internet y necesitamos establecer planes de emergencia. Tenemos que ir al despacho del director, y tenemos que hacerlo ahora. Se trata de una solicitud de representantes de los dos lados del pasillo, y de Preinserción.

—Ya lo veo. Pero no le puedo ayudar.

Ben Asher se irguió cuan largo era y su antigua sonrisa serpenteó en sus labios cuando dijo:

—Dickson, nosotros somos unos genios. Podemos entrar en el depósito de medicinas cada vez que queramos, y lo haremos. Si quieres volver a ver tu Ritalin, harás que tus amigos nos ayuden.

Los otros cinco celadores se encogieron visible y audiblemente.

* * *

DICKSON Y SUS nerviosos amigos condujeron a Adam y a una representación de internos por los vestíbulos y pasillos del edificio principal. Darnel se

mantuvo a la altura de Adam.

—¿Vas a dar un coup d'état en un hospital mental?

—Solo un reajuste temporal de las prioridades de gestión —dijo Adam—.

Un cambio de sentido en el Área de Responsabilidades.

—Joder. En realidad te has trabajado los dos lados del pasillo, ¿verdad?

—¿Crees que hay sitio para mí en los baluartes de tu futura fortaleza?

—Coño, no —dijo Darnel, recuperando el paso—. Tú eres un jodido mutante.

AL DIRECTOR NO le entusiasmó que un grupo de lunáticos invadiera su despacho, y así lo dijo, en términos que médicamente no eran profesionales.

—Queremos internet y queremos saber quiénes vienen. O que usted los detenga si puede.

—Los investigadores ya están en camino. Al parecer fue reunido a toda prisa un grupo inicial en Los Ángeles, San Francisco y Richmond. Se subieron a una furgoneta en el aeropuerto internacional de Portland. ¿Por qué iba a querer impedirles que vinieran? Necesito ciertas respuestas a esta absurda situación. Y soy el director.

—¿Quién los manda?

—No lo sé, coño —dijo el director—. El consejo. No tengo por qué saberlo. Desde el momento en que este lío se comunicó al consejo, se me fue de las manos.

Los ojos de Darnel se estrecharon y preguntó:

—¿Qué es lo que hace exactamente usted aquí?

—¿Yo? Dispongo que les limpien el culo a ustedes todos los días, y respondo ante el consejo, un consejo formado por cierto número de universidades, institutos, ONG y sabe Dios qué más. Es un organismo gigantesco formado por otros más pequeños que contribuyen con un poco de dinero, que nosotros recaudamos y usamos para mantenerles a ustedes alimentados y medicados. Me ocupo de conseguir el dinero y de que ustedes, los chiflados, no se marchen.

—¿Merece la pena que Normal emplee tanto dinero para que un equipo de investigadores sea llamado y «reunido a toda prisa» para que venga aquí

debido a un acontecimiento inesperado? —preguntó Lela—. Me refiero a que usted acaba de decir que este sitio está financiado por un grupo de entidades que suelta cinco pavos cada una.

—El mismo grupo de entidades —dijo el director— que financia todos sus trabajos de investigación y el desfile interminable de conferencias y todas las demás mierdas. Por tanto, la respuesta es evidentemente sí. *Yo no tengo que saber por qué.* Ahora todo queda fuera de mi control. Tengo a mi cargo a un montón de internos que eran personas muy valiosas antes de que la cabeza se les fuera a la mierda y me los mandasen para que se la limpiara y los dosificara. La mitad de las cuales están probablemente aquí por su culpa, Dearden. ¿Cree que no leo los expedientes de mis pacientes? Usted impulsó cierta cultura asquerosa y siniestra de la vigilancia antes de convertirse en una persona sociable.

—Cierre la boca. Necesitamos que se restablezca el acceso a internet en Preinserción, y si usted de verdad no sabe quiénes vienen, necesitamos comprobarlo con aparatos de comunicación para cuando lleguen.

—Pueden tener internet —dijo el director—, porque resulta menos molesto concedérselo que retirárselo. Pero si cree que voy a levantar un dedo cuando lleguen esas personas para protegerme de unos chiflados como ustedes, entonces está chiflado de verdad. Espere.

El director empezó a reírse de su propia «broma».

Adam estaba perdiendo rápidamente la voluntad de vivir. Se dio la vuelta y miró a los otros, con las manos extendidas.

—Vamos a necesitar unas redes —dijo Lela.

—¿Qué?

—Soluciones urbanas ad hoc —dijo ella—. Coged todas las sábanas. No nos dejan tener nada afilado, así que tendremos que enrollarlas a lo largo y luego anudarlas formando una red. Llenaremos frascos vacíos de Buoylent con piedras del bosque y las ataremos a las redes como pesos. Lanzaremos las redes a esos investigadores cuando lleguen, los enredaremos en ellas y luego los sujetaremos y nos apoderaremos de sus teléfonos, y entonces tendremos sentados a esos hijoputas hasta que nos enteremos de dónde vienen y qué está pasando.

—Eres muy organizada —sonrió Adam.

—Me considero útil. Considero que puedo hacer cosas. Eso es bueno.

—Lo que tienes en mente, Lela, podría retrasar tu traslado a Preinserción.

Ella se rio en su cara.

—¿Escarabajos robot, conspiraciones y asalto al poder en Normal? Cambio seis semanas en Preinserción por hoy en un segundo. Esto es lo más divertido que me ha pasado en años. Este es —y Lela se pinzó la nariz con un dedo— el mejor día que puedo recordar desde que tenía diecisiete años.

—¿Qué pasó cuando tenías diecisiete años?

—Le prendí fuego a mi antiguo colegio. Pongámonos en acción.

ADAM OBSERVÓ QUE todos se movían. Agarraban sábanas, las enrollaban a modo de cilindros blandos y las anudaban formando gigantes cúpulas geodésicas flácidas. Manos académicas todas sucias de arrancar piedras para meterlas en los frascos vacíos de plástico todavía pegajosos con los restos de Buoylent. Era algo así como maravilloso ver trabajar a aquellas personas. Hasta las más enfermas sonreían también cuando observaban la actividad desde sus rincones seguros.

Los observadores elegidos, que estaban apostados en las puertas principales, oyeron llegar las furgonetas antes de que nadie pudiera verlas. El grito recorrió los pasillos. Adam estaba muy cansado, y se quedó junto al mostrador al lado del almacén de los medicamentos cuando varias personas pasaron corriendo cerca de él, hablando y riéndose, muchas de ellas tratando de no tropezar mientras acarreaban sus redes improvisadas hacia la puerta.

Oyó neumáticos en el camino de entrada. Puertas que se abrían. Un gran grito y un chillido, y entonces empezó todo.

El caos del exterior sonaba como una multitud de tornados tocando tierra todos a la vez. Todos los que estaban en el edificio se lanzaban afuera hacia la tempestad. Adam tuvo una repentina visión de lemmings vestidos como típicos campesinos del Medio Oeste arrojándose dentro de un torbellino. Un suicidio propio de una comedia cinematográfica. Soltó una risita cuando entró furtivamente en el abandonado almacén de las medicinas, agarrando al pasar una botella de agua medio bebida de la encimera. Era una idea agradable para terminar. Cerró la puerta del almacén a sus espaldas.

Balanceando la botella entre las manos, examinó los estantes. Estaba de compras, se dijo. Nada más importante que observar los pasillos de un supermercado. Algunos de los nombres de las etiquetas no le decían nada. Cogió una o dos y descubrió que sus rótulos respondían a marcas registradas de medicamentos que él conocía por sus nombres originales o genéricos. Nada útil. Pastillas para dormir poco potentes aquí, reguladores del trastorno bipolar allá. Se puso de puntillas para mirar los estantes más altos.

Allí estaba. Algo sobre lo que había oído y leído información, del mismo modo que uno oye y lee información de un gran grupo musical que nunca toca en tu pueblo. Adam alcanzó el frasco y luego se sentó en el suelo con él y su agua robada, con la espalda apoyada en la puerta. Leyó la diminuta letra de la etiqueta de la parte de atrás del frasco como si fueran las notas de la funda de un álbum de vinilo raro. No, rectificó, ya nadie escribía notas en las fundas. Sabía, por artículos en la red, que las notas en las fundas habían desaparecido casi por completo hacia finales de los años ochenta. Adam buscó la palabra que describía la nostalgia de cosas que uno no había conocido nunca. Estaba seguro de que había una, y de que alguna vez la supo. Nostalgia de una palabra que alguna vez supiste. Adam volvió a soltar una risita, y forzó la tapa a prueba de niños del bote de plástico con pastillas.

¿*Saudade*? No, pero era parecida. Adam recorrió sus recuerdos mientras vaciaba parte del contenido en la palma de la mano. Unas cápsulas rojas. Las notas de las fundas eran una cosa importante, decidió. Eran propias de una época en que la música tenía algo que decir, y se suponía que significaba algo. Incluso la que era indescifrable y sin significado, como el rock progresivo, tenía algo que decir sobre estética y forma. Era una cosa profundamente civilizada que las fundas incluyeran notas. ¿Qué le estaba pasando para llegar a pensar que era perfecto vivir en un mundo sin notas en las fundas de los discos?

Adam tomó seis cápsulas y las tragó con un sorbo de agua. El agua estaba un poco caliente, y la boca de la botella sabía ligeramente a pintura de labios.

¿Cuándo fue la última voz que notó sabor a lápiz de labios? Adam se detuvo, con la botella y el bote en el regazo, tratando de recordarlo durante un momento. ¿Un año? Probablemente un par de años. La cosa fue diferente durante un tiempo, cuando cambió de trabajo. El brote de entusiasmo, la

repentina ligereza de una vida nueva le había llevado a desear probar suerte y relacionarse con gente. Eso probablemente había contribuido a hacer más divertido andar por allí, reflexionó. Durante un periodo breve. Sin duda habían sido un par de años. No se había fijado, al parecer. Puede que otros sí lo hubieran hecho. Puede que todos los demás vieran que tenía la niebla del abismo encima de los hombros y mantuvieran la distancia, y en realidad él fuera el último en darse cuenta.

Dicho eso, Adam admitió con un encogimiento de hombros y una sonrisa irónica que Nanfrid también tenía razón. No era muy atractivo. Movi6 la cabeza, tom6 otros seis Seconal y los volvi6 a tragar con agua. Despu6 se pas6 t6midamente la lengua por los labios para notar de nuevo el sabor a l6piz de labios, con escasa conciencia.

Sehnsucht. Esa era la palabra, ¿no? Inusualmente corta para ser una palabra alemana compuesta con un significado complejo. Nostalgia por un pa6s lejano en el que no hemos estado nunca, pero que sin embargo pod6a ser el hogar. Una a6noranza intensa por una reconfortante perfecci6n desconocida. Restos de carm6n sin due6a. Adam le dio vueltas a la palabra en la cabeza mientras el sabor se desvanec6a en su lengua. Otra futurista triste, pens6, que intentaba conseguir un mundo ideal a base de atracar en islas del ma6ana. Un modo absurdo de vivir.

Se pregunt6 por qu6 estaba tomando las c6psulas de seis en seis. Sab6a del colegio que el seis era un n6mero perfecto, y aunque le fuera la vida en ello, no pod6a recordar por qu6. Trag6 otras seis. Esta vez tom6 dos sorbos de agua para tragarlas. Supuso que se le estaba paralizando el cuerpo. Sabe Dios que estaba m6s c6modo, sentado en el suelo y apoyado en la puerta, de lo que ten6a derecho a estar. En realidad aquel era, decidi6, el momento m6s agradable desde su llegada a Normal. Posiblemente el momento m6s agradable que hab6a vivido aquel a6o. Un lugar tranquilo. Nadie que vigilara o escuchara. Adam pod6a sentir que lo lamentaba por la gente que estaba fuera de esa habitaci6n. Ninguno de los que estaban fuera de esa habitaci6n volver6a a estar tan solo como 6l lo estaba en aquel momento. Nadie iba a volver a estar tan seguro nunca. Hab6a encontrado el punto de inflexi6n y funcionaba. No le parec6a que aquellas conclusiones afectaran especialmente a su estado de 6nimo. Solo estaban all6.

Allí sentado se le ocurrió la idea de que un buen futurista debería saber cuándo dejarlo. Un buen futurista debería saber cuándo se había terminado el juego, y abandonarlo. El juego que él ayudó a inventar. ¿Qué otra jodida cosa se podía hacer cuando no queda futuro que pronosticar y ninguna estrategia a favor o en contra? Un trato terminado. El fin de la historia.

Adam tomó algunas cápsulas más. No estaba seguro de cuántas llevaba, pero su intención era seguir tomando hasta que no pudiera tragar más. Tenía la sensación de que aún no había tomado suficientes, pero no podía recordar cuántas llevaba, de modo que «suficientes» se estaba convirtiendo en una medida estúpida. Juró que podía oír truenos fuera. Puede que hubiera estallado una tormenta de verdad. Tragó un par de ellas más. Ahora tragar se estaba volviendo cada vez más difícil. Dejó caer sus manos en el regazo. Tenía las piernas mojadas. Adam inclinó la cabeza hacia abajo, lo que en aquel momento era un proyecto en sí mismo. La botella de agua no se había derramado. Le divirtió comprobar que se había meado sin darse cuenta.

—Que os den por culo a todos —murmuró—. Me meo en todos vosotros en nombre del futuro.

Retumbó un trueno. Fue un sonido encantador. Lo único que echaba en falta era algo de música, y el trueno estaba bastante cerca. Adam cerró los ojos y escuchó la tormenta invisible.

DIEZ DÍAS MÁS tarde Adam todavía estaba furioso. Ninguno de aquellos hijoputas le había dicho que Normal contaban con salas de urgencias. Le dolía la hostia a la hora del desayuno debido al lavado de estómago, tenía la garganta en carne viva por la intubación, y los brazos todavía amoratados a causa de las inyecciones de sabe Dios lo que le habían pinchado. Tenía llagas por todo el cuerpo, y le parecía que todavía estaba aprendiendo a andar otra vez. Adam estaba decidido a no disculparse con Dickson por haberle partido el labio al celador en algún momento de los últimos días. Tenía la sensación de que Dickson había hecho algo para merecerlo, aunque no lo pudiera demostrar, y estaba secretamente muy orgulloso por haber conseguido reunir de algún modo la fuerza para hacerlo. La mayor parte del tiempo no tenía energía ni para abrirse paso entre el aire en calma.

Ahora Dickson estaba con él, acompañando pacientemente a Adam en un interminable arrastrar de pies hacia la consulta de la doctora Murgu. De vez en cuando Dickson volvía aquellos ojos de perro herido hacia Adam. Este los ignoraba en la medida de sus posibilidades. Le apetecía estrangularle. Tenía ganas de hundir los dedos en aquel gordezuelo cuello hasta encontrar algo duro que romper.

Llegaron a la puerta de Murgu. Dickson llamó y le dijo a Adam:

—Volveré por usted cuando haya terminado, ¿de acuerdo? Hoy el patio no está demasiado mal. Y la gente ha estado preguntando por usted.

—Que te den por culo —dijo Adam.

La doctora Murgu abrió la puerta y Dickson se marchó, pasándose los dientes por el labio partido.

—Adam —dijo la doctora Murgu—. Me gustaría que no le hubieras dicho eso al pobre Dickson.

—Le echo la culpa a él —dijo Adam—. Joder, no me ha dejado en paz desde que llegué aquí. Debió de ser él el que me encontró.

—En realidad no fue así. Fue él quien te llevó a las instalaciones de emergencia del complejo. Él mismo se vino abajo un poco más tarde. Ha estado sin parar, y no duerme desde hace mucho. Entra.

Puso una mano en el codo de Adam, como hacía Dickson, y le condujo hasta la silla con pasos medidos. Cuando se sentó, Adam hizo un gesto de dolor debido a una docena de molestias variadas. Ella ocupó su sillón, agarró su tablilla portapapeles y le miró con una sonrisa que irradiaba, en opinión de Adam, una pena espantosa.

La doctora Murgu se detuvo y suspiró al mirarle. Luego tomó aire por la nariz, con aspereza, cuando estiró la columna vertebral. Adam observó que no se esperaba aquello.

—Veamos —dijo—. No sé lo que te habrán contado. La cosa estuvo cerca. Me dijeron que diez minutos más y estarías muerto.

—Tendré más suerte la próxima vez, supongo.

—En realidad, la médica de guardia dijo que lo hiciste bastante mal, incluso para ser la primera vez, y que deberías dedicarte a otra cosa. Sugirió... —La doctora Murgu echó una ojeada a sus notas—. Creo que aquí pone «masturbación violenta». Con una nota adicional que indica que está

dispuesta a contemplarlo. Médicamente, doy por supuesto.

Adam casi sonrió.

—Lo estabas haciendo muy bien, Adam. Dado el estado que hizo que te trajeran aquí, y el modo en que te presentaste a mí por primera vez, y luego todo el asunto con Mansfield. La medicación y los nutrientes han activado deprisa tu funcionalidad. Me refiero a que estabas lejos de encontrarte bien, como se demostró. Pero en realidad yo tenía grandes esperanzas. Solo había una cosa que me preocupaba, que me producía inquietud porque no fuéramos rápido.

—Ya.

—Ya. El acontecimiento desencadenante. Tenía la sensación de que no serías capaz de hablar de él ni siquiera cuando estuvieras estabilizado en otros aspectos. En contra de lo que puedan haberte dicho otros, a nosotros en realidad no nos gusta la idea de que las personas tengan que vivir en Preinserción el resto de su vida.

—A algunas eso parece gustarles —dijo Adam—. Colegrave está totalmente satisfecho de estar allí. Creo que a Jasmin Bulat también le gusta estar aquí. Está cerca del bosque.

—Colegrave nunca tendrá la solidez mental suficiente para reinsertarse en la sociedad. Si no estuviera haciendo un trabajo productivo en Preinserción, sus jefes y patrocinadores habrían suprimido hace tiempo su financiación para que permaneciera allí. Y ocupa permanentemente una habitación aparte, lo que significa una persona menos de la que tenemos que ocuparnos en Preinserción. Con respecto a los que permanecen largos periodos en Preinserción, el director tiene que obtener fondos con los que construir más microcasas y conseguir más terreno para instalarlas, y proporcionarles agua, internet y electricidad. Sí, sé que esas construcciones pueden generar gran parte de ello, pero no es perfecto, y las pautas de salud significan que tenemos que darles suministros. Esto no es un poblado mágico. Todo cuesta dinero.

—Eso supongo —dijo Adam.

—Triste pero cierto —dijo la doctora Murgu—. Jasmin es un caso completamente distinto. En muchísimos aspectos está más sana de lo que lo estará nunca Colegrave. Pero su depresión raya en lo incontrolable. Está más

que capacitada para vivir fuera de Preinserción, pero vivir fuera de Preinserción, todos estamos de acuerdo, la mataría en un mes. Es horrible, pero no podemos correr el riesgo de dejar que se vaya. También tenemos suerte de que pueda producir trabajo útil para su gente.

Adam no sabía cómo responder a eso, o si debería, o incluso si le importaba.

Ella le miró a la cara.

—Adam, estoy siendo franca contigo. Ahora mismo Preinserción te tienta. Pero debes saber que ahora mismo estás a meses de poder trasladarte a Preinserción. En el mejor de los casos. Hay algo que puedo poner en tu expediente que podría, *podría* acelerar ese proceso. Porque eso podría proporcionarme los instrumentos que necesito para empezar a ayudarte mejor. No te estoy engañando o tratando de hacerlo. Mi opinión profesional es que eso es necesario, y mi experiencia profesional me dice que las personas a las que informo, las que controlan todo lo que pasa aquí, necesitan que eso figure en tu expediente. ¿Me crees?

—Claro.

—Tenemos que hablar de Windhoek, Adam. Tú te desmoronaste en Róterdam, pero el daño lo sufriste en Windhoek, en Namibia. Quiero que me cuentes, lo mejor que puedas, qué pasó allí que tanto daño te hizo.

Las lágrimas empañaron los ojos de Adam.

—No quiero.

—Lo sé. Pero creo que tienes que hacerlo, ahora. Creo que este es sin duda el mejor momento para hacerlo.

—¿Han limpiado esta habitación? Quiero decir de insectos o de cualquier otra cosa. ¿Los viste hacerlo?

—Esta habitación la han limpiado cinco veces desde que nos enteramos, Adam. Yo misma vi la primera, la tercera y la limpieza final. Deberías estar tranquilo al respecto. Ahora aquí todo está bien.

—Vale. Vale.

—¿Por qué estabas en Windhoek, Adam?

—De acuerdo. —Adam se frotó la cara con las dos manos, con la fuerza suficiente para hacer que le picara la piel—. He estado haciendo trabajo de campo sobre cuestiones referentes a la generación de comunidades en

contextos urbanos. No es algo nuevo. Hay gente que se dedica a esto desde que se producen actos multitudinarios relámpago. La ocupación de Wall Street fue también uno de ellos. En Europa los participantes utilizan mensajes de teléfono móvil para organizarlos. De vez en cuando, algún partido interesado utiliza investigadores de campo para ver cómo cambia y evoluciona todo eso. Habitualmente, en mi opinión, es gente que quiere ver cómo se reúnen los grupos, cómo se pueden apoyar, por qué los grupos tienen una vida efímera, qué tipo de sistemas digitales utilizan. Te haces una idea. Una vez tuve que seguir a los que protestaban contra una empresa que quería instalar una aplicación que alterase las conexiones en la red de sus teléfonos de modo que los manifestantes financiaran pagos de los seguros de sanidad. Una locura.

Adam reparó en que soltaba una risita al decir locura.

—¿Es eso lo que estabas haciendo en Windhoek? —preguntó la doctora Murgu.

La risita de Adam se apagó como un chirrido en su garganta.

Respiró a fondo.

—Durante los últimos años se percibían síntomas de descontento en Namibia. A un manifestante lo mataron de un tiro el verano pasado. Las elecciones de aquel invierno no sirvieron de mucho. Elevado desempleo, y muchas y extrañas tensiones sociopolíticas. Hay una comunidad entera de jóvenes que habían quedado huérfanos durante su guerra de independencia, y el estado no se ocupaba de ellos. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Estados Unidos lo llama una «situación crítica de amenaza de delito», lo que siempre me suena como una expresión grandilocuente de, ya sabes, el lenguaje burocrático.

Adam hizo una pausa. La doctora Murgu dijo:

—Namibia es uno de esos sitios de los que no sé casi nada.

—A veces pienso —dijo Adam— que sitios como Namibia son para los americanos uno de esos espejos oscuros de feria. Todos los americanos se dedican a «apoyar a nuestras tropas» hasta que esas tropas vuelven a casa, y lo mejor que pueden esperar esas tropas es que algún idiota diga «Gracias por vuestro servicio». Porque en el momento en que vuelven a casa el sistema las abandona y olvida. A no ser que haya un hospital para veteranos disponible

para matarlos dentro. Ahora volvamos a Namibia. Aquellos jóvenes deberían tener las mejores oportunidades. Los hijos de los luchadores por la independencia caídos. Cualquiera de nosotros diría que deberían estar sentados en unos jodidos tronos. Pero el abandono de las tropas de Estados Unidos los multiplicó por centenares. Eso me lleva a preguntarme cómo les iría a los hijos de los miembros de los ejércitos Confederado y de la Unión después de la guerra de Secesión. Probablemente no mucho mejor, supongo.

—¿De modo que Windhoek era un sitio peligroso?

—Bastante delincuencia callejera, en general. Hasta los manifestantes estaban mal armados con palos y piedras y lo que pudieran conseguir.

—¿Y tú estabas allí para observar las protestas?

—El acceso a internet en Namibia en general llega a través de otros países, y todavía hay un montón de teléfonos móviles G-SM. Es el modo en que la gente usa los teléfonos, manda textos, mensajes y correos electrónicos... Bien, en cualquier caso, había empresas interesadas. Hay un montón de diseñadores de experiencias de usuario interesados en ese asunto, lo que siempre le resulta extraño a la gente. Yo estaba allí para merodear por la ciudad unos cuantos días, hablar con la gente, observar cómo se producía la comunicación en la calle.

—Entonces te encontrabas en plena protesta.

—La última noche estaba allí. Se inició una grande en el centro de Windhoek. Era, bueno....

—No dejes de visualizarla, Adam. Sigue hablando conmigo. Cuéntame cómo era. ¿Caliente? ¿Fría?

—Con niebla. Una noche con mucha niebla. La niebla venía soplando del desierto, creo. Me contaron que estaba empeorando durante los últimos años. Grandes nieblas en la peor época del año. La historia habitual. Una ciudad castigada por la niebla en una época del año inapropiada y un político idiota diciendo: «Jo, jo, hace frío en verano, demasiado para ese calentamiento global del que habla la gente, ¿eh?». Pero sí. Fría y con niebla. Lo que no basta para detener a ningún manifestante decente. Así que la gente estaba activa en las calles.

—¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Estaba enfadada? ¿Agresiva?

—Enfadada, claro. Uno no organiza una protesta a menos que tenga un

cierto grado de cabreo. También nerviosa. Se comentaba mucho que la policía urbana de Windhoek se iba a retirar para dejar paso a las fuerzas especiales, que no cuentan con un gran historial en lo referente a mantener la paz, entender a la gente de la ciudad o tener la inteligencia de resolver cualquier tontería sin utilizar armas. Llevaban mascarillas. Eso te ponía nervioso.

—Yo lo estaría. ¿Y tú?

—Yo estaba... ¿tenso? Los últimos meses habían sido raros. Correos electrónicos crípticos y tuits alusivos a algo de mi antiguo trabajo. Uno de los tipos de la organización sin ánimo de lucro para la que trabajo perdió la cabeza unos dos meses antes de mi viaje a Windhoek.

La doctora Murgu volvió a mirar la primera hoja del expediente de Adam, frunciendo el ceño.

—¿Está aquí?

—No. Desapareció. Todos creyeron que se había matado o que andaba perdido por las calles. Resultó que se dio el piro. Asistió a una modesta conferencia en Mount Vernon, dejó todas sus cosas en la habitación del motel, alquiló un coche y condujo una hora por la I-5 hasta la frontera con Canadá cruzando a Sumas. Hay otra hora desde allí hasta Vancouver, y por la tarde estaba en un avión hacia Holanda, donde le esperaba una adolescente esquizofrénica que creía que él era Nostradamus. No había posibilidad de traerle aquí, y en ese momento en realidad ya a nadie se le ocurría hacerlo. Tengo entendido que está vendiendo su sangre para conseguir dinero pero...

—Pero —dijo la doctora Murgu, con una sonrisa amable— no es por eso por lo que estamos aquí hoy.

—Supongo que no —dijo Adam—. Yo estaba tenso. Daba la sensación de que algo iba mal, y no era capaz de saber qué era. Ansiedad general de bajo nivel, supongo, sería un modo adecuado de describirlo.

—Estabas en medio de la protesta —apuntó ella.

—En realidad, no. Yo estaba en un lado, cuando aquello pasó. La parte central se movía deprisa y yo me uní al grupo por el lado equivocado. De modo que, entre la niebla y los rezagados, y el no conocer bien las calles, estaba quedándome un poco atrás. Habitualmente soy mejor con el trazado de calles. Habitualmente me oriento mejor, quiero decir. Pero no me sentía muy

bien, no había señal para que funcionase una aplicación con mapas en mi teléfono y en cualquier caso conseguir un teléfono inteligente caro en aquel sitio y aquella situación es bastante estúpido. No es que estuviese dando tumbos, perdido en la niebla, pero, ya sabes... un poco. Y... es cuando pasó.

Adam hizo una pausa de un minuto, y luego dijo:

—Fue cuando me encontré al hombre que no estaba allí.

La doctora Murgu se limitó a esperar.

—¿Conoces ese poema? —preguntó Adam—. «Antagonista». Solo recuerdo que se supone que trata de una casa encantada en Canadá. «Ayer, en lo alto de la escalera, / me encontré con un hombre que no estaba allí».

—«Volvía a no estar allí hoy» —dijo la doctora Murgu—. «Deseo, deseo que se vaya».

Adam cerró los ojos. Lo podía ver otra vez.

—Cuéntame, Adam —dijo ella—. Cuéntame lo que estás recordando.

—Estaba aquel tipo. Estaba un poco detrás del borde de todo aquello, lo mismo que yo. Pero seguí viéndole. Comprendí que él no intentaba recuperar el terreno perdido. Estaba manteniendo el paso a propósito pero guardaba la distancia. Había niebla. Las luces estaban borrosas. Las de las farolas de la calle, las de los faros de los coches, las de las antorchas que llevaba encendidas la gente. Resultaba difícil ver. Y aquel tipo era fornido. No se le veían las manos. Siempre estaba de cara a la multitud. Y recuerdo que pensé «este tipo es un problema». Hay algo raro en él. Percibí que despedía todas esas vibraciones de la policía secreta.

—¿Te enfrentaste a él?

—Eso parecía una pésima idea. Si no me equivocaba, estaría armado, y en comunicación directa con un grupo, porque esas personas no andan nunca solas. Pero eso no importa. Hice algo más estúpido que eso.

Ella enarcó una ceja.

—El grupo se dispersó. Todavía no sé lo que pasó. Sonó como si estallaran petardos, pero podían haber sido disparos de armas de pequeño calibre o media docena de otras cosas más. Y en mi situación, la única salida del tropel de personas que venía hacia mí era un callejón del otro lado de la calle frente al cual se había plantado el tipo. Yo no quería dar la vuelta y correr en el otro sentido porque sabía que había un cordón policial a dos o

tres manzanas. No tenía idea de si toda la multitud estaba corriendo. Elegí la mejor opción, que era quitarme del medio. Así que crucé corriendo la calle. Agarré los brazos del tipo para rodearle sin golpearlo con él cuando tomé la boca del callejón.

Adam flexionó y estiró los dedos ante sí como si todavía pudiera sentir aquello. El recuerdo de la niebla.

—Sus brazos se desprendieron, y quedaron en mis manos. La multitud se había detenido... por lo que fuera, resultó que la gente solo quería poner un poco de distancia y luego mirar boquiabierto. Así que nadie se fijaba en nosotros. Perdí el equilibrio un poco, porque no tenía adónde agarrarme cuando rodeé al tipo. Recuerdo que se me agitaron los brazos. Recuerdo que mi brazo casi le atravesó. Mi muñeca rebotó en algo de plástico, y me dolió. Retiré el brazo. Y mi brazo estaba dentro de él. No había nada de él. Solo algo que se movía en el interior de su espacio. Y... él era niebla.

—Niebla.

—Sí. La agitación de mis brazos le dispersó, o algo así. E incluso con aquella escasa luz, pude ver lo que era. Lo que era de verdad. Tienes que entender que esto es real. No estoy describiendo una alucinación. Tenía la señal en mi muñeca. La ropa me olía después a fumigación, y no había estado cerca de ningún otro producto químico. Reconocía algo de lo que estaba mirando. Era tan real como esta habitación y esta silla.

—Cuéntame —dijo la doctora Murgu— lo que era.

—Suenan absurdo. Resulta un tanto absurdo alterarse por ello —dijo Adam, con voz descompuesta.

—Cuéntame.

—Eran microdrones. Helicópteros multirrotores diminutos. Y estaban fumigando niebla. Bueno, no niebla: eran nubes de productos químicos atomizados que se expondrían a su alrededor. Viajaban en formación, como una pila vertical, y fumigaban una cortina de productos químicos sobre los cuales proyectaban una imagen desde dentro. ¿Con aquel tiempo que hacía? ¿Con aquella luz? Podía pasar por un tipo muy grande con un abrigo largo y pesado que uno no querría tener cerca. Los drones tenían algún tipo de protección que hacía difícil mirarlos. Más tarde me di cuenta de que debía de ser una envoltura metamaterial. Ya se ha oído hablar de la fabricación de

cosas casi invisibles. Están hechas con metamateriales que cambian en función de la luz. Solo era una nube de drones siguiendo a una multitud de manifestantes a pie de calle.

—Un hombre que no estaba allí —dijo ella.

—Y, Dios mío, que quiero que se vaya —dijo él.

La doctora Murgu se quedó un momento pensativa, anotando unas cuantas frases en su tablilla portapapeles. Luego dijo:

—Cuando viste al señor Mansfield...

—No era una persona.

—No tenemos mejor modo de llamarle. Eso. Lo que fuera. Pero vale. Cuando lo viste, ¿supusiste lo que estabas mirando? ¿Al principio del todo?

—No. Me inquietó. Pero no sabía lo que era. No hasta que aplastamos un insecto.

—¿Sospechaste?

—No creo que quisiera. Cuando deseas que un hombre que no está allí se marche, la última idea que quieres que se te ocurra es que haya más como él. Es lo que no podía quitarme de la cabeza en Windhoek y Róterdam. Porque si se van a fabricar escuadrillas de microdrones con camuflaje de niebla para que se fundan con el paisaje urbano a pie de calle a media distancia, ¿es Windhoek, en Namibia, el único sitio donde van a hacerlo? Hay ciudades con niebla, lluvia, nubes, humo en todo el mundo. Hay ciudades con calles más estrechas, más esquinas y curvas, llenas de más callejones y ratoneras. Si se está trabajando con proyecciones, fumigaciones y metamateriales, no tiene sentido usar camuflaje en forma humana en la mayoría de los casos. Si el hombre que no estaba allí fuera un artículo en fase de pruebas, entonces te apuesto lo que quieras a que lo único que se estaba probando era la forma. No. Esas cosas están en todas partes. Visibles a medias, semiautónomas e interconectadas.

—¿Semiautónomas?

—La cosa se recompuso delante de mí. Un enjambre de robots voladores recuperaron por sí mismos la formación. Eso es algorítmico. ¿Qué profundidad alcanza? El enjambre podía responder a mi acción de agitar el brazo para dispersarlo y luego recuperaba la formación. ¿Cómo reacciona cuando una multitud se dirige hacia él? No lo sé. Podría haberlo descubierto

si la multitud hubiera seguido moviéndose. Mi opinión es que algunos pueden hacerlo por su cuenta sin recibir instrucciones desde lejos, porque la acción fue demasiado rápida para haber necesitado un operador humano. Y, de hecho, no se recurre a algo así si *necesita* un operador humano.

—Detente y respira un poco, Adam.

Adam se dio cuenta de que su pecho estaba jadeante. Se apresuró. Necesitaba sacarlo fuera.

—Se me ocurrió un modo de alcanzar objetivos utilizando drones diminutos que incorporasen cargas explosivas. Podría impactar con drones Modelo Rebajado contra una nube de informantes que estuvieran presentes en la escena. O arremeter contra una nube de armas espaciales. Piénsalo. Estás en una manifestación de protesta, o un disturbio, una masa de gente. Y entonces una de las personas se desvanece, y al segundo siguiente doce personas están muertas.

Adam recuperó la respiración, mirando a la doctora Murgu con resentimiento desde debajo de la frente. Dijo:

—Lo que ocurre con el futuro es que sigue su curso sin ti.

—Pensaste en algo que fue desarrollado por otros una vez que tú abandonaste ese campo concreto. Y entonces te encuentras aquí con algo que hace pensar que esa idea de drones que operan con camuflaje humano ha tenido un desarrollo posterior. ¿No?

—Sí. Nunca había pensado que ellos lo hicieran aquí. Sean quienes sean ellos. Y esa es la cuestión, ¿no? Nosotros siempre decimos «ellos». Tuve un padrastro durante unos cuantos años que utilizaba «ellos» todo el tiempo porque era un apoyo mágico para cualquier mierda que se le ocurriera. La primera vez me pegó. Un verano. Sirvió a mi madre un vaso de limonada con aquella jodida floritura y dijo: «Ellos aseguran que la limonada refresca más que nada». Y yo pregunté quiénes eran «ellos». ¿Eran los mismos «ellos» que dejan vivir a los negros en donde les apetezca? Porque él decía sin parar ese «ellos». ¿Los mismos «ellos» que daban trabajo a los chicos con tatuajes y anillos en la nariz? ¿O los mismos «ellos» que intervenían en todos los conflictos para solucionarlos? Porque «ellos» probablemente eran una panda de subnormales. Me sacó de la habitación, puso su mano izquierda sobre mi boca y me dio un puñetazo en el estómago con la derecha. Ahí lo tienes. Una

auténtica terapia. Hablando de mi infancia.

—Tu opinión es que nunca sabemos de verdad quién hace algo. ¿Es el gobierno?

—El gobierno ahora apenas es la punta del iceberg. Agentes no estatales, combatientes asimétricos, programas de desarrollo avanzado, los organismos de seguridad de las multinacionales, quién coño sabe. Perdimos la batalla por nuestras calles hace mucho tiempo. Nos rendimos. Peor aún: proporcionamos ideas y datos gratuitamente a gente que los usa para quitarnos las calles. ¿Entiendes exactamente qué significa lo de la habitación de Mansfield? Significa que no tenemos idea, y de modo absolutamente literal, de lo que anda suelto por el mundo y nos vigila y escucha, ni de quién nos vigila y escucha. Los bichos como un virus. Esto es una jodida comedia. Hay una sala de juntas entera llena de gente que se está muriendo de risa con esto. Noventa kilos de aparatos semiautónomos que escuchan con forma humana. No me extraña que nunca hagas un reconocimiento físico o tengas entrevistas individuales. Pero toma nota, detenidamente, de hasta qué punto eso resultó lo bastante convincente para tu personal y la gente que vive aquí. El futuro llegó aquí hace un par de semanas y nadie lo advirtió. Porque es así como llega siempre el futuro. No te das cuenta de que está aquí hasta que te tropiezas con él.

—Tú contribuiste a resolverlo, Adam. Conseguiste algo. ¿Entiendes? Preinserción rastreó los dispositivos que quedaban y que trataban de conectar con su base y descargar las grabaciones. Los demás detuvieron a los falsos investigadores en cuanto llegaron para descargarlas in situ y recoger esas cosas. Eran de una empresa privada de análisis que no tiene acceso a la producción de Normal. Ahora se está realizando una investigación exhaustiva. Están implicados otros países. Y mientras se termina, tú te esfuerzas por quitarte la vida. ¿Me puedes decir en qué estabas pensando cuando lo hiciste?

—Bueno. —Adam intentó reírse burlesco, pero el sonido se le estranguló en la garganta—. Esa era la parte fácil. Esa era la decisión fácil. Era la confirmación de mi pesadilla. Ahora estamos en un sitio, ya ves, donde nunca volveremos a tener una conversación privada. Nunca vamos a volver a estar solos de verdad. Nunca estaremos otra vez en una situación que nos

permita creer que no estamos siendo vigilados. Algunos futuristas utilizan el término Singularidad para referirse a un progreso tecnológico acelerado que se convierte en un efecto desbocado. Como una gráfica que súbitamente se convierte en una línea recta vertical. Piensa en una Singularidad de Vigilancia. Una situación a la que no puedes dar marcha atrás porque se convierte en un efecto desbocado, como la masa crítica de un reactor.

—Puede que eso se estuviera probando aquí, Adam. Un pequeño lugar remoto para ver si funcionaba. Lo mismo que una protesta bastante pacífica en Namibia sería un buen sitio para probar un prototipo de tecnología.

—Puede. Pero puede que no. Puede que solo sean las herramientas que ahora usan «ellos». Puede que este sea el mundo en que vivimos, y nadie se ha dado cuenta todavía. Pero yo sí. Trabajé en ello. Intenté suicidarme porque no quiero vivir en un mundo así. No quiero pasarme la vida preguntándome quién está registrando todo lo que digo y quién lo utilizará para hacer daño. No quiero eso. No quiero estar en ese mundo.

—Adam. Tú ya no vives en el mundo. Vives en Normal. Las únicas personas que te vigilan ahora somos nosotros. Este es un sitio seguro.

—Has dudado —dijo Adam—. Ibas a decir otra cosa.

—Iba a decir —dijo la doctora Murgu— que este es el último sitio seguro.

Adam Dearden se estrujó el cerebro buscando algo que decir que le sacara de aquella habitación y lo alejase de ella para poder planificar el modo adecuado de volver a hacerlo y hacerlo bien. Era un hombre inteligente. Le pagaban para pensar en el futuro todos los días, cada día. Debería, imaginó, ser capaz de inventar un plan para escapar.

Agradecimientos

Este breve libro se debe a mis muchos amigos y conocidos dentro del ámbito de prospección de escenarios futuros, y a ellos se lo dedico. Su trabajo y su estilo de vida me dieron la idea, y les debo una copa a todos, pero ninguno de ellos debería cargar con la culpa.

Título original: *Normal*
Publicado por acuerdo con Farrar, Straus y Giroux, New York

Edición en formato digital: 2018

Copyright © 2016 by Warren Ellis
© de la traducción: Mariano Antolín Rato, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-157-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es